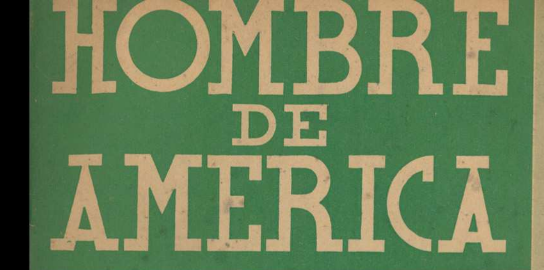


25

NOVIEMBRE
1 9 4 4

SUMARIO:

MINEROS

por Antonio Ruiz

30 CENTAVOS

0,10 dólar en el exterior

U N M U N D O

El Testamento Político De Wendell Wilkie

El prematuro y lamentado fallecimiento de quien fuera serio rival y posteriormente colaborador, en parte, del presidente Roosevelt, ha vuelto a llevar al plano de la discusión internacional la dinámica y vigorosa personalidad de ese típico líder y hombre de acción yanqui, que a la vez supo pensar **en profundidad** frente a los graves problemas que deben afrontar en la hora actual los hombres dirigentes de su país. Y, lo que es más, supo expresar con meridiana claridad y extraordinaria franqueza lo que pensaba acerca de tales problemas, apartándose muchas veces de las **fórmulas** convencionales y de las expresiones ortodoxas que emplean comúnmente los jefes de las democracias. Tanto, que por momentos teníamos la impresión de que Wilkie empleaba una táctica de propaganda personal, un atrevido truco publicitario, de los tantos que suelen inventar los técnicos yanquis en la materia.

No fué así, sin embargo. Wendell Wilkie ha dejado un documento, una prueba concluyente de su seriedad, de su capacidad de penetración en los intrincados problemas políticos del mundo y, sobre todo, de sinceridad, de toda la sinceridad que puede permitirse un miembro destacado de la clase dirigente, cuyas palabras son divulgadas y comentadas por la prensa de todos los países y a quien se consideraba como posible futuro gobernante de su nación.

Esa prueba, que tiene ahora el valor de un testamento político, lo constituye su célebre libro **One World** ("Un Mundo"), cuya primera edición apareció en marzo de 1943, en Nueva York, habiéndose agotado varias ediciones sucesivas, siendo vertido a distintos idiomas.

El contenido del libro es resultado de las impresiones y reflexiones del autor con motivo de su viaje casi fantástico, realizado alrededor del mundo en un avión del ejército norteamericano, desde el 26 de agosto hasta el 14 de octubre de 1942. Como se recordará, Wilkie fué enviado por el presidente Roosevelt, como delegado personal, con la doble misión de llevar la palabra del presidente a los jefes de Estado y personajes dirigentes de la guerra, en el Medio Oriente, Rusia y China y de recoger una impresión directa sobre el sentir y el pensar de esos dirigentes, así como de los pueblos que luchan y trabajan en esas vastas regiones del globo y cuya contribución a la guerra era y es de valor decisivo. Wilkie, junto con sus acompañantes, realizó el viaje y cumplió con la misión encomendada en un lapso de 49 días, cubriendo una distancia de 31.000 millas en sólo 160 horas de vuelo. Al destacar ese hecho, Wilkie expresa que su impresión después de tan extraordinario viaje no era la distancia, sino la **proximidad** que hoy une a los pueblos. "Si yo hubiera tenido dudas —escribe— sobre el hecho de que el mundo se había vuelto pequeño y completamente interdependiente, este viaje las hubiera disipado en absoluto".

Desde tan amplio punto de vista encara los problemas esenciales de la guerra y la posguerra, que según su criterio involucran un todo indivisible, ya que los grandes cambios, las reformas y conquistas que son indispensables para una paz duradera, deben lograrse **durante** la propia guerra, ahora mismo. Después, puede ser demasiado tarde. Para ello es de vital importancia que desde ya se fijen, con la mayor claridad posible, los objetivos finales de la guerra y que se establezca un acuerdo preciso sobre los mismos por parte de los distintos pueblos que participan en la lucha contra las potencias totalitarias. Todos coinciden en que ésta es una guerra de liberación, una guerra revolucionaria, pero los dirigentes de la lucha en el bando democrático no han concretado ni mucho menos de qué modo y por qué medios entendían asegurar a los pueblos las conquistas de la libertad, la seguridad y la libre determinación. La Carta del Atlántico y las cuatro libertades de Roosevelt, son declaraciones excesivamente generales y vagas que, además, han sido lamentablemente limitadas en una declaración posterior de Mr. Churchill, en la que precisaba que sus alcances se referían a los pueblos de Europa occidental sojuzgados por el nazismo. Así, la inmensa mayoría de los pueblos combatientes, desde el sudeste de Europa hasta el Medio Oriente, China y la India, quedaban fuera de la vaga garantía de autodeterminación, contenida en la famosa Carta. Wilkie denuncia vigorosamente el efecto deprimente que semejante declaración causó en personas de distintas condiciones sociales, en los países de Oriente comprendidos en su viaje. Peor efecto aun produjo aquella otra famosa declaración de Churchill, en que afirmó que él no había aceptado el cargo de primer ministro del gobierno de Su Majestad, para presidir la liquidación del imperio británico...

Por lo demás, la política práctica de las grandes democracias, en el caso del norte de África y el próximo Oriente, ya delataban entonces —cuando Wilkie escribía su libro— una flagrante contradicción con los postulados democráticos fijados como objetivos de la guerra. Tal, por ejemplo, el apoyo a los elementos reaccionarios, fascistizantes, representados por Darlan y sus colaboradores, lo que fué principalmente inspirado por el gobierno de los Estados Unidos. Wilkie insiste en que semejante política, unida a la vaguedad de los móviles de guerra expresados por los jefes de las naciones unidas, disminuye peligrosamente la confianza de los pueblos de Oriente en las democracias y esa falta de confianza puede ser funesta para la causa democrática. El apoyo de la "gente común" —common people— de todos los países, es esencial para ganar la guerra y, sobre todo, para ganar la paz. Por tanto, es indispensable —habla por los Estados Unidos— ganarse la simpatía y el apoyo activo de los pueblos de Sud América, África y Asia. Lo que debe hacerse con definiciones y realizaciones precisas, no con vaguedades inquietantes.

Repudia firmemente el imperialismo al mismo tiempo que el aislacionismo y el estrecho nacionalismo que levanta barreras de odios y de trabas aduaneras entre los pueblos, cuyo desarrollo normal reside precisamente en una estrecha colaboración económica. Y ningún pueblo del mundo, por poderoso que sea, puede sustraerse a esa colaboración con los demás.

Desde luego, pone un énfasis especial en señalar la necesidad de practicar una política de respeto y colaboración con los pueblos de Oriente, principalmente con la inmensa y laboriosa China, por cuyo heroico y sacrificado pueblo expresa una cálida admiración. No deja de observar sin embargo que un intenso nacionalismo, potencialmente peligroso, se incuba en dichos pueblos, Rusia inclusive. Y el mejor modo, a su juicio, de evitar sus malas consecuencias es el de dar a esos pueblos la sensación efectiva de su liberación de todo imperialismo, de todo yugo extranjero.

En cuanto al panorama de Rusia, lo encara con la objetividad y el realismo de un partidario del capitalismo liberal que quiere saber cómo funciona, **con qué estímulos individuales**, ese régimen que llaman comunista y que asusta aún a los burgueses anticuados e ingenuos. Wilkie se revela ahí como un hábil reportero que sabe hacer hablar a sus personajes y conocer sus móviles y reacciones. Eso, particularmente en lo que se refiere a ciertos funcionarios, directores, de grandes empresas, etc. En cuanto a los grandes problemas políticos, objeto de su conversación con Stalin, es obvio que guardó un discreto silencio. Su conclusión es que la clase dirigente en Rusia la constituyen los 3.000.000 de afiliados al partido comunista —apenas el 1½ por ciento de la población total— que ocupan todos los cargos políticos, técnicos, administrativos, de capital importancia. Esos dirigentes, que considera de indudable eficiencia en el ejercicio de sus funciones, trabajan bajo el estímulo de remuneraciones muy superiores a las del común de los trabajadores, tal como sucede, por ejemplo, en los Estados Unidos, entre el salario del superintendente de una fábrica y un obrero calificado de la misma. Son alentados además por el otorgamiento de distinciones honoríficas a los que se distinguieran en determinadas realizaciones, mientras que por otra parte el temor a ser "liquidados" si fracasan (esto, aclara Wilkie, puede significar desde la destitución hasta el fusilamiento), acucia permanentemente a los dirigentes en el cumplimiento de su deber... impuesto por el alto comando político. Por supuesto, Wilkie no se detiene a criticar el régimen. Como político realista, llega a la conclusión de que los Estados Unidos tienen que llegar a un estrecho entendimiento y a una efectiva colaboración con Rusia, durante y después de la guerra. De lo contrario, la paz futura podría ser de poca duración.

Finalmente, el autor dedica un capítulo a combatir lo que llama "imperialismo doméstico" en los Estados Unidos, refiriéndose a las agresivas discriminaciones raciales que se manifiestan en ese país, especialmente contra los negros y contra otros elementos étnicos. Incluso existe un insidioso antisemitismo, que constituye una flagrante contradicción con la cruzada antinazi en que oficialmente está embarcado el país. Todo ello es consecuencia de un estrecho nacionalismo que es condenable en cualquier parte donde se manifieste y que es esencialmente incompatible con el establecimiento de un orden mundial basado en la libertad y la autodeterminación de los pueblos.

Wilkie, que se declara partidario del sistema capitalista de "libertad de empresa", no podía ocuparse ciertamente del más grave y candente problema de las diferencias de clases y de las consiguientes injusticias que de ella dimanan, haciendo ilusoria la paz y la armonía social. Tampoco se refiere, ni aun someramente, a cuestiones tan graves como la probable desocupación en masa que amenaza a los países industriales después de la desmovilización. Este silencio significativo ilustra la forzada limitación de juicio que afecta incluso al más franco y valiente observador capitalista. Pero aun descontando esa limitación, que no es imputable a Wilkie como persona, sino que se debe a su posición político social, queda claramente establecido que su libro es un valioso aporte a la consideración de una parte de los más apremiantes problemas que se manifiestan actualmente sobre el plano mundial.

A. D. U.

RETORNA LA ESPERANZA

En todo el mundo, la esperanza y el optimismo resurgen, después de varios años de ausencia. Se está viviendo ya con la certeza de que el nazifascismo, en sus diversas manifestaciones, será vencido, extirpado definitivamente. Pueblos enteros despiertan después de una penosa y trágica pesadilla. Fué tan tremenda la amenaza, tan grave el peligro, tan arrollador el avance totalitario, que en muchos espíritus cundió el desaliento, considerando inútil toda resistencia e imposible dominar la potencialidad de sus armamentos y organización bélica. Hoy el panorama ha cambiado. Y a través de la prensa, el cinema y la radiotelefonía, nos vamos informando diariamente, minuto a minuto, de nuevos retrocesos de las fuerzas agresoras, aplastantes derrotas, territorios liberados, pueblos sometidos que por fin pueden sacudir el yugo de la opresión.

Es la parte positiva, favorable; la única que interesa, que infunde alegría y promueve exaltado entusiasmo. Apenas leemos en las columnas de los diarios, no prestamos atención a la radio y no nos impresiona lo que parcialmente muestra el cine, cuanto se relacione con el tributo en sangre y en vidas que es necesario pagar para lograr tales resultados. Y si no existen motivos afectivos de orden personal, la mayor parte de las personas permanece casi insensible a tan horrorosa realidad.

Es perfectamente comprensible —aunque no justificable— que tal cosa ocurra. En todos los casos, lo esencial es salvar la vida a cualquier costo. Y para la humanidad derrotar al nazifascismo equivale a salvar la vida.

Pero hay otro aspecto que debe interesar, en mayor grado. Es el que se refiere al estado en que nos hallaremos una vez que el fuego cese y nos encontremos frente a numerosos problemas que han sido postergados y relegados a un plano secundario, pero que en ese momento readquirirán toda su gravedad.

Se puede justificar que un hombre próximo a ser ahorcado, con la soga al cuello, no se preocupe demasiado por los bacilos que corroen sus pulmones. Pero si logra quitarse la soga y salir de tal situación, inmediatamente tendrá que contrarrestar la acción de los bacilos y procurar eliminarlos; esa preocupación pasará a primer plano, porque en caso contrario aquéllos provocarán más tarde el mismo desenlace fatal que hubiera producido la horca.

Exactamente idéntico es lo que ocurre a los pueblos. El mayor peligro está siendo eliminado. El colapso del nazifascismo es definitivo. La soga ha sido sacada. Pero han quedado los bacilos.

Permanecen en latencia y actividad todas las fuerzas que provocaron la actual contienda. Todos los elementos de descomposición interna de la sociedad no solamente sobreviven, sino que se aprestan a nuevas luchas para la reconquista de posiciones. Conviene tomarlo en consideración.

Y lo mejor, para ello, es recurrir a la memoria. Recordar, simplemente.

¿Quiénes fueron los que contribuyeron a los planes armamentistas de los nazis, sino gobernantes llamados democráticos, en primer término los ingleses?

¿Quiénes promovieron luchas y hasta guerras entre pueblos, incluso en nuestra América, por el petróleo, el estaño, el salitre o las plantaciones de caucho, sino consorcios financieros e industriales, grandes trusts y cartells con ramificaciones internacionales, los mismos que ahora ponen en todos sus anuncios comerciales exaltaciones a la libertad y a la democracia?

¿Quiénes han ido construyendo su potencialidad económica sobre la explotación de pueblos coloniales y semicoloniales —y entre éstos últimos están considerados los nuestros—, sino los que han dado a la palabra imperio el mismo sentido que tanto nos repugna cuando la escuchamos de un nazi o un falangista?

Una de las más fatídicas organizaciones, que ha colaborado abiertamente con los regímenes fascistas, el Vaticano, no solamente se ha asegurado ya la impunidad y la absolución de todas sus maquinaciones, sino que ha ocupado excelentes posiciones para presionar y extender su influencia en la posguerra.

Conviene recordar que los representantes máximos de la Iglesia bendijeron las armas que fueron a masacrar a los etíopes, por incivilizados; y a los españoles, porque querían un régimen de excesivo progreso y libertad.

Y no hace falta enumerar muchos hechos ni ejercitar demasiado la memoria. Echemos un vistazo al mundo en la actualidad, y no encontraremos un solo dictador o gobernante despótico que no esté completamente rodeado de elementos clericales.

Sin embargo, éstos no han sido incluidos siquiera en la lista de los colaboracionistas.

Pero el virus más tremendo es el del propio totalitarismo. No nos hagamos excesivas ilusiones acerca de que, junto con los regímenes que hicieron de este sistema una doctrina, desaparecerá su esencia.

Se habla ahora con excesiva insistencia de "democracias evolucionadas", "gobiernos fuertes", "concentración de

mayores poderes en el Estado", y otras fórmulas de auténtico sentido totalitario. No estará derrotado este sistema si el germen que ha desparramado fructifica; si lo adoptan bajo distintas denominaciones, disfrazándolo de diversas maneras, quienes hoy lo están combatiendo en los campos de batalla.

Y éste es uno de los males cuya extirpación se hará más difícil y costosa. Porque está muy arraigado. Porque ha sido indudablemente necesario recurrir, para la lucha armada contra el nazismo, a todos los medios, sin considerar formas legales, ni intereses particulares, ni derechos individuales; ni siquiera, en muchos casos, se ha respetado lo que es fundamental: la personalidad del hombre. Ahora, es difícil volver atrás. Después de exitosos ensayos de planificación teniendo de base varios continentes; después de las gigantescas hazañas de organización y sincronización de todos los elementos mecánicos y humanos que han intervenido en victoriosas batallas, es muy costoso desprenderse de la convicción de que el mando único y centralizado, la jerarquía, la disciplina y obediencia incondicionales, etc., no sean también los mejores métodos para la organización y vida civil.

Y exactamente eso es lo que se denomina totalitarismo.

¿Qué papel han de desempeñar en América los gobiernos dictatoriales, la mayor parte de los cuales en su política exterior apoyan a las Naciones Unidas y alardean una adhesión a la democracia que constituye en la práctica la mayor ficción?

Pensamos que el mundo de la posguerra no puede estar asentado sobre bases tan falsas.

No puede haber efectiva solidaridad entre pueblos mientras los gobernantes recurran al juego ilícito de hacer una cosa y pregonar otra; mientras se escondan ambiciones y recelos; en tanto se respalden en quien consideran más poderoso por conveniencia y no por identificación de propósitos.

Fundamentalmente, esto debe cambiar. Y todos debemos trabajar para que esta transformación se produzca. Que sean los propios pueblos sus fautores.

Un nuevo sentido debe alentar a todos los que dedican sus esfuerzos para que exista más libertad, mayor armonía y se establezcan métodos de estructuración que impidan la repetición de la situación previa a la guerra y el posible estallido de ésta.

Hay que reemplazar todo lo caduco, lo que ha probado ya sus nefastas consecuencias. Luchar tenazmente para que no vuelvan a arraigar. Despertar nuevas energías; crear nuevas posibilidades.

Tenemos en estas tierras una vasta labor a cumplir, para que los ideales que son más sentidos por toda la humanidad se conviertan en realidad. Y lo conseguiremos si sabemos aprovechar el espíritu que hoy existe en todos los pueblos, si logramos encauzar sus inquietudes y esperanzas en acciones concretas, si sacamos partido de las fricciones, la rivalidad y la descomposición parcial que siempre se produce después de acontecimientos de tanta magnitud como los que estamos viviendo, para actuar en forma decidida, por la libertad, por la independencia y por los derechos inalienables de la persona humana.

LA LEY DE EDUCACION COMUN ARGENTINA

Por EDUARDO WILDE

Sancionada en 1884, fué motivo de largos y apasionados debates, en especial el artículo que establece la enseñanza laica.

En estos memorables debates intervinieron oradores de gran talento como Goyena, Achával Rodríguez, Gallo (D.), Demaría, Avellaneda, Del Valle, Pico, Leguizamón y otros.

Fué en tales circunstancias que el doctor Eduardo Wilde, ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, pronunció en la Cámara de Diputados, en la sesión celebrada el 13 de julio de 1883, un importante discurso del que sacamos los fragmentos que publicamos en estas páginas.

Comenzaré imitando a alguno de los señores diputados que me han precedido en el uso de la palabra, es decir, declarando que mi situación es difícil porque no confío mucho en mis fuerzas para llevar a cabo el propósito que tengo.

Ante un público tan ilustrado como el que forma esta Cámara; después que este público ha sido más informado de los principios de la discusión por la controversia que ha tenido lugar; cuando ha oído la palabra elocuente de tantos oradores. El que viene en seguida encuentra su auditorio preparado, no diré de una manera hostil, pero sí de una manera poco favorable y esperando más de lo que el expositor de sus ideas puede dar.

Vengo aquí como ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública. La cuestión que se debate afecta dos de estas ramas: la Instrucción Pública y el Culto.

Puede alguien creer que la situación de un ministro del Culto es más difícil todavía que lo que a primera vista parece, por una mala concepción de los deberes que se le imponen, según las doctrinas que cada uno alimenta.

Yo voy a declarar qué es lo que creo de mi deber como ministro de Estado en el departamento del Culto e Instrucción Pública.

Soy ministro de una nación republicana que ha consagrado sus principios en su Carta Fundamental y que tiene una colección de leyes que marcan el camino a todos sus poderes públicos, a todas las ramas de su administración.

No creo que el ministro del Culto de una nación como la nuestra esté encargado de propagar la fe, ni de ser su apóstol, ni de enseñar una religión, ni de proteger un culto en detrimento de otros, ni de extenderse en materias religiosas más allá de lo que las leyes y la Constitución le permiten extenderse, ni de restringir aquello que la Constitución y las leyes no restringen.

La supresión de la enseñanza religiosa por los maestros —quiero que se marque bien esto: no digo la enseñanza por los sacerdotes, sino por los maestros—, que es lo único que sostienen los que quieren las escuelas neutras o independientes, o como quiera que se llamen, puede dividirse para su examen en dos partes: la que se refiere a los programas y la que se refiere a los institutores.

Debe decirse: ¿Del programa común para todos los alumnos queda suprimida la enseñanza religiosa, y el profesor no necesita pertenecer a una comunidad dada?

Respecto a la primera parte, señor presidente, la discusión está casi agotada. No se debe hacer división en las escuelas; no se debe separar el niño protestante del católico; no se debe, ni aun teniendo facilidad por el local, hacer distinciones, porque desde luego comienzan las rencillas y las divergencias en las escuelas, para continuar en la calle, para introducirse en el seno de las familias, para salir de nuevo de las familias a la calle, no llevadas por los niños, sino por los padres, o por mayores de edad, concluyendo por sembrar las divisiones imborrables en los pueblos.

Es preciso que los niños no tengan pretexto de señalarse con designaciones especiales.

Es una tendencia propia de todo ser racional la de infundir a otros las creencias propias.

Si el maestro es fanático, preferirá a los niños de su religión; señalará y perseguirá a los que no sean de su comunión.

Este es un peligro apuntado ya en diversas sesiones de esta Cámara.

Como ha dicho el señor diputado por la capital, no es cierto que un atento cuidado pueda evitar estas designaciones. No es cierto tampoco que esté garantida la libertad de los padres con la enseñanza de una religión determinada en una escuela a los niños cuyos padres profesen esa religión, puesto que es imposible sustraer al niño a la atmósfera de la escuela, e impedir que obre sobre él la influencia del medio en que se desarrolla.

Por lo que hace a la otra parte, tengo para mí como evidente, que a los maestros no se le debe exigir creencia determinada, porque esto sería forzarlos a aceptar, por las necesidades de la vida, la creencia que adoptaran las autoridades encargadas de la dirección de las escuelas, el dogma o la doctrina que se hubiera determinado enseñar en ellas.

Se les exigiría estar afiliados a una religión, por ejemplo, a la católica; se les exigiría, como se ha dicho en las discusiones en Francia, que fueran católicos. Y no sólo esto: sino que fueran buenos católicos; y aun más: que fueran sabios católicos, que conocieran bien el dogma; que estuvieran bien penetrados del espíritu de la doctrina, porque, sin conocerla, no podrían insinuarlo en el espíritu de los jóvenes alumnos.

Si se pretendiera buscar maestros que tuvieran, a más de la competencia en religión, las otras calidades que harían necesarias el programa, sería muy difícil encontrar maestros idóneos.

Tal exigencia sería inconveniente y contraria, además, a los preceptos de nuestra Constitución.

Todos los habitantes de la Nación tienen el derecho de aspirar a los empleos, y completa libertad de enseñar y aprender.

Siendo éstas, pues, disposiciones terminantes de nuestra ley fundamental, ¿cómo vendríamos por un artículo de la ley de educación a imponer mayores deberes, mayores condiciones, para concederles un puesto a los individuos a quienes la Constitución declara aptos sin más condiciones que su idoneidad, para pretender todos los empleos públicos?

Se toca, como vemos al encarar este punto, dos clases de dificultades: las constitucionales que ya he apuntado, y las administrativas, patentizadas por la escasez de institutores con las condiciones requeridas.

Otra gran dificultad administrativa sería la de investigar la competencia de los maestros. Para ello se tendría que someterlos a un examen, al cual deberían concurrir los representantes de la Iglesia, puesto que el profesor tendría que conocer la doctrina católica; y nadie estaría habilitado para dar un certificado de competencia en esas materias, sino los eclesiásticos.

De ahí resultaría también, que en el programa de las escuelas normales debería figurar la enseñanza de la religión, para formar maestros capaces de transmitirla a los alumnos.

Y ¿se sabe, señor presidente, hasta dónde irían estas exigencias?

Ya se ha visto lo que sucedió en Francia, y no puede haberse olvidado lo que acaba de pasar entre nosotros con motivo de los pasos dados por el ministerio a mi cargo para hacer venir maestras normales de Norte América. Esas exigencias han salido a la luz pública; y menciono el hecho por ser público; pues si todo hubiera pasado en el dominio privado de las funciones administrativas, no habría sido yo quien se encargara de publicarlo, trayéndolo a esta Cámara.

Se puede calcular hasta dónde van estas exigencias, una vez consignada en la ley la obligación de enseñar religión en las escuelas, cuando se tiene por antecedente el hecho que menciono, en el cual aparece la autoridad eclesiástica interviniendo, sin derecho alguno, en asuntos completamente extraños a su autoridad.

Las escuelas normales están bajo la jurisdicción del ministerio de Instrucción Pública; y el pueblo de la República ha visto cómo se ha condenado lo que ya es una tradición entre nosotros, señor presidente: el haber procurado buscar, para las escuelas normales, maestras en Estados Unidos; —condenación que se ha hecho bajo la suposición de que esas maestras podían ser protestantes.

Confieso a la Cámara que semejante idea no había pasado por mi imaginación. Había querido dotar al país de maestras normales, simplemente; maestras capaces de formar profesoras. No había pensado en que fueran católicas o no católicas.

La nota del señor arzobispo me trajo por primera vez a la memoria esa faz del asunto como materia de oposición.

Es claro que garantiendo la Constitución el derecho de enseñar y aprender, la pretensión de que no puedan ser maestros sino los católicos, es insubsistente, y nulo el derecho del arzobispo para mezclarse en un acto del Poder Ejecutivo llevado a cabo con perfecto derecho.

Se puede calcular también hasta dónde irían las exigencias, si se piensa en lo que pasa en algunos establecimientos, entre nosotros.

La experiencia ha demostrado, señor presidente, que las exigencias de que hablo convierten a los maestros en víctimas.

En Francia, bajo el imperio de la ley de 1850, que establecía la enseñanza religiosa en las escuelas, por medio de circulares se dieron disposiciones en virtud de las cuales se imponía a los varones de las escuelas normales, los siguientes deberes: oír misa, rezar el rosario, ganar indulgencias y confesarse antes de los exámenes, para atraerse la gracia de Dios y salir bien en ellos.

...En cuanto a las niñas, se les hacía firmar un documento en estos términos: "A cada hora del día haré un corto ruego

con mis niños, al Sagrado Corazón de Jesús, para conservar siempre una gran pureza de intenciones; recitaré cada día una decena del rosario (diez cuentas supongo) con mis niños; dos veces por la semana se dirá uno entero; todos los primeros sábados del mes haré con mis niños una pequeña consagración al corazón de María". Este documento firmaban todas las niñas al salir de las escuelas normales, cuando no eran casadas todavía. ¡Compromisos respecto de sus niños!

Pero más aún: "Cada año (sigue el compromiso) haré el mes de San José, de la Santa Virgen y del Sagrado Corazón con mis niños, para inspirarles una gran devoción en estas santas prácticas. Yo me prepararé con mis niños para la fiesta de Santa Ana por una novena, y el día de la fiesta o en la octava, haré decir una misa en su devoción".

Otro artículo: "Veré todos los días en el señor cura al representante de Nuestro Señor; tendré en él gran confianza y seguiré dócilmente sus indicaciones; no daré ningún paso ni haré visita alguna, ni saldré del pueblo sin el permiso del señor cura".

Estos eran compromisos que se hacían firmar en las escuelas normales...

Véase, pues, a dónde conduce la enseñanza religiosa en las escuelas. Los maestros urgidos por la necesidad, aceptan todo: si son disidentes, convierten a los niños en hipócritas; si son creyentes o fanáticos, persiguen a los hijos de los que no lo son, y la escuela se les hace odiosa. La Cámara puede calcular hasta dónde puede ir la intolerancia por los hechos aducidos y por este otro hecho de todos conocido: el de que el fanatismo no respeta ni el lecho de los moribundos, pues notoria es la presión que se hace en los hospitales cuidados por religiosas, sobre los enfermos protestantes o que profesan otra religión.

La cuestión de la supresión o de la implantación de la enseñanza religiosa en las escuelas, es una cuestión que la historia contemporánea, relativa a este punto, señala como cuestión de mayorías o de minorías.

Se ha leído en esta Cámara la condenación hecha por el arcipreste de Holanda contra la enseñanza religiosa en los mismos pueblos protestantes que exigían esa enseñanza; y se nota esto, que tiene una explicación satisfactoria: en donde una comunión está en minoría, ella exige la supresión de la enseñanza religiosa en las escuelas; y en donde está en mayoría, exige su implantación.

El arcipreste de Holanda decía por esto: "Para ver reinar la concordia, la amistad, la caridad, entre las diversas religiones, es necesario, en mi opinión, que los maestros se abstengan de enseñar los dogmas de las diversas comuniones". Esta cita nos leía en sesiones anteriores el diputado Lagos García.

En 1857 se revisa la ley en Holanda: los católicos sostienen la escuela laica; los protestantes la atacan enérgicamente y hablan de *escuela atea*, como los que no son protestantes lo hacen aquí. Se habla también de *virtudes cristianas*, y lo que parece raro, un israelita se levanta para sostener esas palabras; pero ¿por qué? ¿Acaso por ideas religiosas? No, señor presidente; porque entiende que las virtudes cristianas son virtudes de pueblos civilizados. La ley votada proclamó la escuela neutra.

Los principios de que hablo, como lo ha hecho notar el diputado Gallo, están ahora consignados con ligeras variantes en las leyes de Bélgica, Suiza, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos; es decir, en los pueblos que dan la norma en materia de civilización, y esos principios son opuestos a los que la Comisión quiere adoptar.

Comprendo que no puedo abusar más de la paciencia de la Cámara, y aunque entra en el plan de mi discurso, no discutiré si una escuela, por el hecho de no enseñarse en ella religión, es atea o inmoral; si por el hecho de enseñarse moral se suprime la religión; y si es o no conveniente enseñar moral cristiana o moral universal. Me contentaré con decir que la moral, es independiente de la religión; que la enseñanza de ella sin el recurso de la religión es posible; que cuando se enseña moral en nombre de una religión determinada, se recurre a formas abstractas, no habiendo más variación que en cuanto a la sanción, poniendo en un caso la reprobación de la conciencia y en otro la reprobación de Dios; que la moral ha existido antes de toda forma concreta de culto y que las virtudes cristianas son virtudes universales proclamadas más o menos extensamente por Zoroastro, tres mil años antes de Jesucristo, por Confucio quinientos años antes y por Meng Tseu trescientos años antes de la era cristiana; que la moral tiene fórmulas positivas aunque más abstractas que las religiosas.

Me contentaré, por fin, señor presidente, con afirmar categóricamente que no he visto en lo que he leído, ni he oído tampoco nada que contraríe esta idea; la supresión de la enseñanza religiosa dada por el maestro, en las escuelas, no quiere decir, ni la supresión de la enseñanza moral, ni supresión de la enseñanza religiosa, ni que la escuela sea atea; la enseñanza puede darse por el sacerdote, por el que tiene esa misión, por el que tiene orden de darla hasta de la misma Iglesia.

Pasando ahora a apreciar las razones que militan para dar preferencia a uno de los proyectos en discusión, debo decir que hay en mi entender, dos clases de razones para rechazar el proyecto de la Comisión. Las de principios, apuntadas ya y relativas a la cuestión principal que ha hecho el eje del debate; y las de detalle y coordinación, que me hacen pedir a los señores diputados que voten en general, en contra de ese proyecto, porque él se separa completamente de lo que yo desearía para una ley de educación, y es difícil ir sustituyendo en particular los artículos. No he tenido el agrado de asistir a las reuniones de la Comisión, cuando ha discutido su proyecto, y no he podido, por lo tanto, proponer las enmiendas que en mi opinión requiere.

El Poder Ejecutivo aceptaría de preferencia el proyecto de los señores diputados, en oposición al de la Comisión; está más en armonía con su propósito respecto a la enseñanza.

En cuanto al artículo que ha servido de núcleo a la discusión, debo decir, señor presidente, que vacilo entre estas dos ideas: ¿Se ha dado al asunto una magnitud que no tiene, o se le ha dado toda transcendencia de que es susceptible? Me inclino a lo último; pero creo, y lo declaro, que nada va a ser variado, en cuanto a los hechos, a lo menos por el momento, ya sea que se ponga en los programas la enseñanza religiosa o que no se ponga: contra las decisiones parlamentarias están las costumbres; los sucesos arrastran todo. Las cosas se verifican en virtud de leyes naturales, físicas o morales, y las mismas decisiones de las Cámaras no son sino el resultado de una función social; son impuestas por las condiciones de progreso de cada situación política.

Creo, pues, que en el hecho no va a haber nada cambiado; que las escuelas continuarán siendo tan morales como hasta ahora, sea que se sancione o no la enseñanza religiosa.

Pero entonces, ¿por qué se combate con tanta energía? ¿Por qué se insiste tanto en que este asunto sea resuelto en un sentido o en otro?

Yo debo decir mi opinión, que es la del Poder Ejecutivo, naturalmente. El temor de que se establezca la enseñanza religiosa dada por los maestros, en las escuelas, no es un temor inspirado por los hechos que hayan de producirse. No, señor; hay un temor mucho más fundado y más grande, y es el que impone al gobierno precisamente la obligación de insistir en que se sancione el proyecto opuesto al de la Comisión.

El temor por parte de los que han sido designados con el nombre de clericales, no sé si con razón o sin ella, no es de lo que va a ocurrir en las escuelas, si esa enseñanza no se decreta; sino del significado que tendrá la declaración de las Cámaras de la Nación y del Poder Ejecutivo en un momento de conflicto para los intereses que los clericales sostienen en el mundo entero. Y precisamente por contrariar planes tan funestos para el país, se empeña el Poder Ejecutivo en sostener que no se consigne en la ley la enseñanza religiosa; por no mirar para atrás, como se ha dicho; por no dar, en una declaración oficial y en una sanción del Congreso, una prueba de atraso; por no decir, en fin: "Con la ley de educación y de una manera indirecta, cierro las puertas a la corriente de inmigrantes de cuya afluencia necesito para el engrandecimiento de la Nación".

INTERNACION EN SARMIENTO

El afán pedagógico de Sarmiento receta métodos —y se le va mucha de su vida en la insistencia pedagógica—, pero él nunca los tuvo en sus libres y personales Universidades, y no por lo que se llama falta de voluntad para hacerse de ellos, sino porque su estremecimiento, su pasión, su desvelo, su impetuosidad los supera a todos. Al país le urgía un método, el de su organización, el del recuento de sus inéditas posibilidades, el de la población de su inmenso territorio desértico, el de la alfabetización de su multitud. A la política le faltaba un método para que pasara a ser la reguladora y pusiera en escena un ritmo seguro a cambio del sobresalto conspirador. Al hombre argentino le urgía por igual un método para asociarse a los procesos nuevos de la sociedad argentina como agente de actividad realizadora. A la soledad que comenzaba donde morían los muros de la ciudad y aun se internaba, como en propicio laberinto, en la ciudad misma, debía vencerla un método. Para todos esos aspectos del problema argentino que a su conciencia no ascienden como problemas sino como programas de labores, el sanjuanino contradictorio y evangelizador propone y dispone métodos, pero en él no acertara a incorporarse, definitivamente, ninguno. Cuando aquellos problemas del país y del hombre argentinos llegan a él para grabarse en las placas íntimas de su espíritu hecho de violentas realidades y violentos sueños, nunca encontrarán a la pasión dormida. La pasión de Sarmiento siempre vela su guardia y todo lo que se le acerque sabrá de su violenta marca, de su estruendosa profesión de contradictoria fe, que por ser contradictoria es la fe verdadera. Para proponer métodos— que su misión fué esa— actúa en él no el propio método sino la pasión, pasión entera, sin clasificaciones posibles, sin fronteras ni pausas. "No quiero más método que el de la pasión" escribirá a principios de siglo en su ensayo *Sobre la europeización* don Miguel de Unamuno, palabras que pudo escribir, con todas sus letras plenas, Sarmiento en el siglo anterior, acompañándolas de estas otras del vasco, que extraigo del mismo ensayo: "La pasión afirma, y la prueba de su afirmación estriba en la fuerza con que es afirmada". No necesita otras pruebas, ni de razones ni de métodos. Pero Unamuno llevaba su adversión al método hacia todas sus consecuencias. No lo admite para sí ni lo receta a nadie. Sarmiento lo receta a todos y no consigue conciliarse con ninguno. Nunca escribió un libro sobre un plan precisado de antemano. Los libros se le fueron formando en el curso de los trabajos y los días, sin plan organizador, sin método. Lo mismo ocurría con sus programas políticos. Es la obstinada pasión quien se los dicta, quien se los manda, que sólo de ella atiende voces exigentes y ordenadoras, que sólo a ella obedece porque es su propia voz, su natural instinto. Pasión que lo llevá y lo trae, que todos los días le provee de cabalgadura nueva y lo lanza al camino con el primer aire del amanecer. Pasión de Sarmiento. ¿Y por qué no corazonada de Sarmiento? Con qué gusto hubiera escrito Unamuno esta palabra nuestra, argentina por todos sus lados. Corazonada es el vuelco de todos los sentimientos indisciplinados, de naturalidades y espontaneidades, sin la espera que impone el cálculo para concebirse, con la prisa que piden las emociones para mostrarse. Corazonada es liberar al corazón. Y Sarmiento liberaba al corazón cada mañana. Y le subían espontáneamente sus júbilos de hombre de carne y hueso, sus ambiciones de tal, sus torrentes de sueños y sus tempestades de rabia. Corazonadas de Sarmiento.

Con haber siempre pregonado ideas nunca se asimiló definitivamente a ellas. Ellas le fueron sus obedientes servidoras. Ellas se le comportaron como tropa de guerrilla que se la lleva a la escaramuza y muere por su capitán, tropa que se la alimenta, se la viste, se la equipa, se la adiestra, se la saca a combate, se la hace avanzar entre callejones de lanzas y fuegos adversarios y se le sacrifica acaso en la conciencia de una necesidad táctica, y al final del combate se la ve reunir en torno del capitán para que éste haga recuento y advierta las posibilidades que van restando, y acaso el capitán entre en el entendimiento de que abandonar a su tropa es la manera de quedarse con una posibilidad.

Así las ideas de Sarmiento como tropa que ha encendido muchos vivaques y que una noche cualquiera queda perdida en la soledad de los caminos del desierto porque su capitán ya anda haciendo marchas apresuradas en el alba. Sarmiento alimenta y equipa ideas. Las saca a la lucha de las prensas entre zonas de polémica que fueron siempre las de su tránsito. Las lanza con una energía que podría estar hecha de desesperación si no fuera que es energía americana con una raiz bárbara que ni aun batiéndose por la bandera de la civilización europea alcanza a ser desmentida. La tropa se mueve a sus órdenes gritadas, a su capricho de poderoso de la energía. Y él no le evitará jamás la aventura y el riesgo. Querrá que ellas se midan, se pierdan, se recobren, se sangren. Que es misión de tropa esa de sangrarse en lucha y no oxidar aceros. Las ideas de Sarmiento sitian y asaltan plazas, salen al llano agitando banderolas y siempre son las caras de una pasión belicosa, de la que no se sabe que se haya recogido a sueño tranquilo porque sus sueños fueron vigilias impacientes de campamento, de una pasión que tendrá del capitán montonero la seguridad dominadora que le gana la servidumbre de sus hombres, pasión hecha de violencias, de estruendos, de paisanadas.

Las ideas van quedando subordinadas —suerte de la tropa— a esa pasión. La pasión es caudillo. Las ideas, soldados. Pueden éstas dejar su cuerpo en la pelea, pero la pasión del caudillo sobrevivirá a todo riesgo y a toda muerte. Cambiará de tropa y seguirá peleando. Y eso ha ocurrido en Sarmiento. No pocas veces cambió de tropa, mudó de ideas, porque la tropa y la idea eran lo secundario en él. Lo primero era su pasión. Acaso todo su trayecto se resuma en esto: pasión que sobrevive a la muerte de las ideas. Cuando se enfrenta jubiloso y asombrado a la experiencia norteamericana hace abandono —relevo— de sus antiguas aspiraciones europeístas. Al advertir que la inmigración puede limar los relieves de la nacionalidad se vuelve contra ella habiendo sido la suya la voz que con más insistencia la reclamara. Tropa abandonada. Andanza de las ideas. La pasión, rectora, constante, sobreviviente. Sarmiento no era en primer término aquella u otra idea. "Que las ideas no me tienen a mí" puede afirmar él como Unamuno afirma en *Cómo se hace una novela*. El, como Unamuno, las tiene a ellas. Como Unamuno, él es la pasión. Que es decir: el Hombre.

DARDO CUNEO

LA LIBERACION DE PARIS

RENACIMIENTO DE LA FE EN LA LIBERTAD

A. DIAZ URRIETA

Cuando estas líneas sean publicadas, se habrán extinguido ya los ecos de la jubilosa celebración con que los pueblos de todo el mundo acogieron la electrizante noticia de la liberación de París, liberación alcanzada por el heroico "sacrificio suplementario" de la propia masa popular parisiense que, sin esperar la llegada de los ejércitos aliados, sin conocer los planes tácticos de sus estados mayores, se lanzó a la calle, levantó las clásicas barricadas de la libertad, empleó las armas que pudo obtener a través de la lucha subterránea de resistencia, para expulsar al odiado invasor nazi, cuya estúpida y cruel soberbia le había hecho menospreciar a ese pueblo, tan poco regimentable, tan ferozmente celoso de su independencia.

Decir que el júbilo de la celebración se habrá extinguido, no implica afirmar que ese acontecimiento se halle "fuera de actualidad". Aquéllo no fué un hecho de simple actualidad periodística. No se parece en nada a esos "acontecimientos" creados por decreto, sin más significación que la efímera de una publicidad oficial, tan hueca como ruidosa. La liberación de París por su pueblo constituye un jalón de historia contemporánea, la expresión simbólica de un pronunciado cambio de rumbo en la sucesión de hechos que configuran el drama revolucionario de la segunda guerra mundial.

Su efecto inmediato ha sido el de hacer renacer la fe en la libertad, la confianza en la acción renovadora del pueblo. De ahí la arrolladora corriente de entusiasmo que hizo vibrar al unísono a millones de hombres y mujeres en todo el mundo y particularmente en nuestro continente. La masa percibió intuitivamente la señal de recuperación, de desquite. La nostalgia de las libertades arrebatadas, el ansia de la nueva libertad a conquistar, dieron el tono y la significación esencial a las celebraciones espontáneas que se realizaron en todas partes. Y los dictadorzuelos que pretendieron sofocar el sincero júbilo popular, mediante actos de represión totalitaria, saben también a qué atenerse sobre la índole del sentimiento que animó a las masas desbordadas, durante las jornadas del 23 y 24 de agosto.

Por otra parte, la liberación de París señala el comienzo de un nuevo período en ese grandioso drama de la guerra y reconstrucción, pletórico de posibilidades, pero también de amenazas. El momento del triunfo definitivo y seguro de la libertad, se halla aún lejano. Muchas y cruentas batallas habrán de librarse aún, infinidad de obstáculos habrán de ser superados por el pueblo, antes de que comience la verdadera y pacífica reconstrucción. Cada nueva victoria sobre el totalitarismo, plantea nuevos problemas y peligros insospechados por la mayoría. Pero así y todo es mucho lo que se ha adelantado. Es de trascendental importancia poder iniciar este período, esta nueva gesta, bajo el signo victorioso de un pueblo que ha insurgido y ha librado su capital, con el propio sacrificio. Sobre todo, cuando esa capital es París, no sólo la capital de Francia, sino también la capital del pensamiento libre y de las revoluciones populares...

Para comprender mejor el momento presente, recordemos la situación que imperaba en el mundo, hace apenas cuatro años. Entonces la caída de París y la capitulación de Francia —la Francia de los inválidos del intelecto, de la plutocracia ahita, de los políticos decadentes, de los chauvinistas traidores— parecía sellar la muerte definitiva de los ideales de libertad y la instauración del "nuevo orden", basado en el mito de la superioridad racial de los germanos y en un sistema social militarmente jerárquico.

Detrás de las divisiones acorazadas de Hitler, que todo lo arrasaban en su fulminante avance, venían los equipos dirigentes de la dominación política, los técnicos de la propaganda y de la corrupción totalitarias, los educadores que debían formar una nueva conciencia de sometimiento en los pueblos vencidos, para hacer con ellos una inmensa comunidad de esclavos, girando en la órbita del *herrenvolk* ario. Tal era el ideal de la nueva Europa "regenerada" que se proponían realizar los agentes y colaboracionistas del hitlerismo. Aberración incalificable, si se considera que también aquí, en tierras de América, lejos de las hordas acorazadas de Hitler, hubo y hay quienes pugnan por imponer a sus conciudadanos tal sistema político.

Así como la victoria militar del ejército hitlerista pareció entonces un hecho incontrastable, lo pareció también el triunfo político e ideológico del nazismo. Junto con los capituladores del ejército, estaban los capituladores de la política, de la economía, de la cultura. La llamada alta sociedad francesa, las 200 familias privilegiadas, los altos funcionarios, los grandes industriales, los mercenarios de la letras y del periodismo, todo cuanto constituyó la parte reaccionaria y podrida de Francia, recibió alborozada al invasor nazi y se aprestó a colaborar con él con cínica complacencia, con entusiasmo provocativo, con la agresividad irresponsable de quienes creen poder satisfacer impunemente, bajo la protección del "enemigo tradicional", sus propias venganzas políticas y sociales. Quizás también sus venganzas personales.

Para esa gente reaccionaria y miope, el triunfo de Hitler era sólo una buena oportunidad para liquidar la república laica y para arreglar cuentas con esos arrogantes obreros franceses, que pretendían trabajar poco y ganar altos salarios, que en junio de 1936 llegaron a ocupar fábricas y se permitieron dictar condiciones y discutir los privilegios de la *élite* financiera e industrial. De igual modo, los aristócratas de 1789 se habían indignado por la pretensión de los plebeyos de intervenir en la cosa pública y de limitar los privilegios feudales. Y si entonces esos señores aristócratas no vacilaron en provocar la invasión de su patria por ejércitos extranjeros, para ahogar en sangre la revolución y la república naciente, estos reaccionarios de ahora no veían ningún inconveniente en colaborar con los nuevos invasores a fin de extirpar las ideas subversivas y de dar el definitivo golpe de gracia a la república. El colaboracionismo ha sido indudablemente sinónimo de traición nacional, pero también ha sido venganza de clase, expansión del odio reaccionario, cerril y destructivo en todas partes. Sólo así se explica que los más fervientes nacionalistas hagan causa común con el "enemigo tradicional", en contra de los propios conciudadanos.

Recordemos cómo esa miserable casta de traidores pretendió justificarse aún, echando la responsabilidad de la derrota sobre el pueblo, sobre los trabajadores, sobre los movimientos de izquierda política y social. Todo se debía, en última instancia, a que el obrero francés disfrutaba de un alto nivel de vida, trabajaba pocas horas diarias y se negaba a engendrar hijos para la patria. La culpa era de los sindicatos, de los partidos, de la democracia, del liberalismo en las costumbres. Por eso el nuevo *Estado francés* de Pétain, bajo el lema "trabajo, familia, patria", debía significar la reacción contra todo eso. Imitando a la Alemania nazi, había de convertir a los trabajadores en verdaderos esclavos del Estado, en proletarios, de acuerdo con el sentido etimológico de la palabra.

Sin embargo, aun entonces, cuando el triunfo de la barbarie totalitaria parecía incontrastable y definitivo; cuando la oposición y la resistencia parecía empresa de locos o suicidas: aún entonces, desafiando el poder terrorífico de la Gestapo y de los mercenarios de Laval, nació, se afirmó y extendió por toda Francia, un vasto movimiento subterráneo de resistencia, de defensa, de hostigamiento incesante al invasor. Lo constituyeron, como siempre, hombres del pueblo. Obreros, empleados, campesinos, estudiantes, pequeños burgueses y funcionarios, intelectuales honestos, hombres y mujeres que, reaccionando contra la complacencia y el indiferentismo de que muchos de ellos se sentían culpables, se lanzaron de lleno a la lucha dignificadora, silenciosa, implacable, llena de peligros y de resultados inciertos. Mientras los personajes encumbrados, los ilustres académicos, teorizaban y se lamentaban sobre la decadencia moral del pueblo francés, ese pueblo se reivindicaba insurgiendo contra la esclavitud que se le pretendía imponer, reviviendo en actos de sublime heroísmo, las gestas más gloriosas de su historia. Era nuevamente el pueblo del 89 y del 93, del 48 y del 71.

La liberación de París tiene su especial significación precisamente porque ella fué debida en gran parte a ese grandioso movimiento popular, levantado para resistir al invasor, habrá de mantenerse en pie de lucha hasta conquistar la verdadera libertad, inseparable de la justicia social y la equidad distributiva.

Se dirá que ese movimiento hubiera sido incapaz de expulsar a los nazis, sin la intervención de los ejércitos aliados de invasión. Eso es objetivamente indiscutible. Pero, conviene señalar un hecho de gran trascendencia moral, generalmente subestimado. Cuando comenzó el movimiento popular de resistencia —prácticamente al día siguiente de la capitulación oficial— los hombres y mujeres empeñados en la tremenda lucha, no tenían, no podían tener ninguna garantía *sobre si alguna vez se produciría tal invasión libertadora*. Menos aún, podían saber si ella obtendría o no éxito. Sin embargo, no vacilaron y se lanzaron de lleno a la lucha. Y si, por otra parte, los ejércitos aliados contribuyeron a rescatar a Francia, no es menos cierto que sin la tenaz y sacrificada acción del pueblo francés, en el sabotage a la máquina de guerra alemana, en la lucha abierta de los maquis, en la resistencia general y a todo trance, el triunfo militar aliado hubiera sido dudoso y, en todo caso, mucho más difícil y más cruento.

El hecho es que el pueblo entero de Francia se ha movilizado para expulsar al invasor nazi y para hacer añicos el "nuevo orden" de esclavitud y vergüenza que se le quiso impóner. Los ideólogos del colaboracionismo no habían previsto la potencialidad militar de sus adversarios. Por eso jugaron al "caballo perdedor". Tampoco previeron esa vitalidad moral de su pueblo, al que suponían hundido y confundido en la misma abyección moral en que ellos vivían. En el mismo error han incurrido los reaccionarios de todo el mundo, que especularon sobre la decadencia de la libertad y la incapacidad de los pueblos de luchar por ella. En ese sentido, el magnífico ejemplo que han dado los combatientes de la resistencia en toda Europa es altamente aleccionador y confortante para nosotros. Nos dice, sencillamente, que millones de hombres y mujeres valoran su libertad y su dignidad más que una miserable existencia vegetativa.

Decimos más arriba que la lucha no ha terminado y que las fuerzas del pueblo deberán superar muchos y grandes obstáculos, antes de considerar afirmada y segura su libertad. No se trata sólo de vencer a los nazis y de aniquilar su nefasto régimen. Habrá de impedir que la reconstrucción de Europa se haga en beneficio de los privilegios de clase y de los grandes intereses imperialistas. Habrá que evitar la restauración de los sistemas fracasados, expresión política de las clases y de las castas caducas, las mayores culpables de la tragedia que vive el mundo. Habrá de establecer un verdadero orden nuevo en la convivencia humana, basado en un aprovechamiento racional y una justa distribución de las riquezas sociales, eliminando una de las fuentes permanentes de lucha y rivalidad entre los diversos grupos étnicos y nacionales.

Todo eso comporta una tarea enorme, que no la cumplirán ciertamente los ejércitos victoriosos, ni tampoco los estadistas y diplomáticos que se aprestan, de un modo inquietante, a repetir los viejos errores e injusticias propios de toda dominación imperialista. Si la liberación de los pueblos sojuzgados ha de ser un hecho y no una frase vacía, si la humanidad ha de prevenirse contra una nueva y más destructora guerra mundial, ello sólo habrá de cumplirse a través de un proceso de profunda renovación política y social, en el cual el pueblo, el pueblo de todos los países, sea *agente activo* y determinante. Los mismos hombres y mujeres de las distintas capas populares, que se entendieron para la lucha y la resistencia frente al enemigo común, deberán entenderse para la reconstrucción, para la creación pacífica, para el trabajo fecundo, para la justa distribución de los medios necesarios a la vida. O se hace esto o la humanidad vivirá en perpetua zozobra, ante la amenaza de nuevas guerras y nuevas tiranías.

De cualquier modo, es evidente que las perspectivas actuales, sobre un plano mundial, son mucho más alentadoras y promisorias que las existentes hace cuatro años o hace un año solamente. La tremenda maquinaria bélica nazi está siendo hecha añicos. Su bárbara ideología ha hecho quiebra de un modo estrepitoso y los valores de la libertad "se cotizan nuevamente" aún en los medios moderados y acomodaticios. El resurgimiento de los pueblos en Europa es un hecho indudable y la repercusión del mismo en tierras de América, es algo que no puede subestimarse. La mejor demostración del mismo la constituye precisamente esa explosión de júbilo popular que lanzó a la calle a millones de hombres y mujeres en todas las grandes y pequeñas ciudades del continente. Esas multitudes imponente no han salido sólo para festejar la liberación de París, sino para afirmar su adhesión a los ideales de libertad en todos los países y su voluntad de reconquistarla frente a todas las dictaduras, más o menos francas o encubiertas.

Esperamos que en un futuro próximo, este vasto anhelo popular se manifieste en realidades concretas, en actos más trascendentales que una simple exteriorización de júbilo colectivo. La prueba histórica ha sido hecha y es válida para todo el mundo, para este mundo nuestro que cada vez se concentra y empequeñece ante los asombrosos avances de la técnica. Esa prueba demuestra irrefutablemente la naturaleza vacua y deleznable de las tiranías más sabiamente establecidas. Refirma los valores permanentes de la libertad y de la dignidad humana. He ahí, creemos, lo suficiente, como para impulsar incluso a los tibios y a los escépticos en la fe creadora en el porvenir de la humanidad.

ARGENTINA *en* AMERICA

En momentos en que intereses contrarios a la unidad americana fomentan un estado de tensión y animosidad entre los restantes países del continente y la Argentina, vamos a abordar el complejo tema de la posición que, a nuestro juicio, corresponde a esta nación dentro del conjunto heterogéneo —a pesar de los mejores deseos de que constituya una unidad perfecta— que es América.

No hemos de referirnos en este trabajo a las cuestiones circunstanciales y de valor transitorio, que exaltan en un momento determinado a la opinión pública y a las que acontecimientos posteriores desplazan a un plano secundario. En primer término porque es difícil expresarse con respecto de ellas con absoluta libertad e independencia, y luego porque nos parece más importante considerar, aunque sea en líneas generales y dentro de los reducidos límites de un artículo, el problema fundamental del papel que puede y ha de desempeñar la Argentina en el orden continental.

Partimos de la base de que muchas de las situaciones presentes han de ser superadas y gran parte de los equívocos difundidos intencionalmente serán aclarados. Alentamos además la firme esperanza de que en un futuro no lejano no sean exclusivamente las cancillerías las que determinen y encaucen las corrientes de fraternidad o animosidad entre naciones, sin permitir que los sentimientos de los pueblos se manifiesten por medio de sus múltiples órganos de expresión.

Pasado este período, se comprenderá perfectamente que la opinión pública argentina no solamente no es pronazi, sino que en forma terminante es adversa a los totalitarismos y a todo régimen de opresión.

Y se llegará también a la comprensión de que la Argentina no puede estar aislada del resto del continente, porque la interrelación con los demás pueblos le es vital; así como América no puede prescindir de la Argentina, porque sin su integración dejaría de ser plenamente América.

NECESIDAD DE LA PARTICIPACION ARGENTINA

De ninguna manera quisiéramos que la expresión anterior se interpretara como una subestimación de la capacidad de resistencia de las demás naciones frente a la hegemonía creciente en este hemisferio de las fuerzas imperialistas que están agazapadas detrás de todo el aparato de lucha contra el nazismo; predominio que se ejerce ahora con motivo de la guerra y que luego se acentuará de acuerdo con los planes de la reconstrucción posbélica. Pero debe reconocerse que en el futuro todo movimiento de auténtica unidad americana, asentada sobre bases de fraternidad y libres acuerdos de beneficio recíproco, deberá tener en su seno, como uno de sus puntales, a la Argentina. E incluso para una acción defensiva contra cualquier intento de subyugación que se quiera imponer sobre todas estas naciones, es indispensable la participación de la Argentina.

NINGUN PREJUICIO ANTE LA BUENA VECINDAD

Esta posición nuestra no implica desconfianza ni prejuicio acerca de la sinceridad de la política de buena vecindad.

Juzgamos los hechos con sentido de realidad, y no podemos dejar de advertir que fuerzas muy poderosas se sobreponen en los mismos Estados Unidos a los esfuerzos en favor de una verdadera política de fraternidad americana, que anhelamos y apoyamos fervientemente. Comprobamos que una cosa son las intenciones —acerca de cuya buena fe no se duda— de un núcleo de hombres que tiene exacta visión de lo que ocurrirá en el futuro, en caso de reincidirse en los métodos de coacción económica y política sobre las naciones con menores recursos; y otra cosa, muy opuesta, son los intereses de las grandes organizaciones industriales, financieras y comerciales, quienes tienen el propósito de resarcirse, mediante próximas operaciones, de todo lo que hubieron de ceder para el esfuerzo de guerra.

Citaremos un solo ejemplo, sintomático. El actual vicepresidente de los Estados Unidos, Wallace, es una de las personas que causaron mejor impresión en estos países, habiendo contribuído a crear un clima de mayor confianza hacia la buena vecindad. No obstante, hemos visto recientemente cómo su propio partido lo ha eliminado de la candidatura para las próximas elecciones, por sus ideas excesivamente liberales y avanzadas...

APORTE DE ELEMENTOS MORALES Y MATERIALES

Por encima de todas las circunstancias lamentables que han colocado a la Argentina en la poco grata situación de aparecer sustentando una posición que este pueblo de ningún modo comparte, tenemos la certeza de que tiene una importante misión a cumplir en los próximos acontecimientos, y que ha de realizarla porque dispone de todas las condiciones favorables y los elementos materiales y morales necesarios para ello.

La influencia y gravitación de la Argentina sobre toda la América de habla española es indiscutida. Están fundamentadas en motivos profundos y en hechos históricos que no pueden ser desconocidos ni anulados por sucesos de valor transitorio. Desde la época de las luchas por la independencia, los sentimientos de libertad y de fraternidad, profundamente arraigados en este pueblo, han trascendido las fronteras nacionales.

Como cosa natural, las demás naciones del continente han esperado muchas veces que la iniciativa, el impulso, la materialización de aspiraciones ideales aun no realizadas, partieran de la Argentina. Tiene el país un prestigio bien ganado en este sentido.

Y lo que es más digno de ser destacado: ninguna nación del continente ha estado ni se ha sentido dependiente de la Argentina. Por lo contrario, cada vez que ésta se ha apartado de esa línea de conducta, cuando regímenes de opresión tiranizaban internamente al propio pueblo y atentaban contra nuestras tradiciones de libertad y fraternidad hacia las demás naciones de América, éstas no fueron forzosamente arrastradas por el mal sendero. Y no nos referimos sólo a la época de Rosas.

Gracias a esta circunstancia, los hombres que han representado verdaderamente el espíritu y la opinión del pueblo argentino, han podido actuar desde otras regiones de América, en el afán de contribuir a la extirpación de los factores que desviaban de su auténtico cauce a la Argentina y retrasaban la trayectoria que debe cumplir.

ANTICIPO DE UN PROCESO QUE SE REPRODUCIRA EN BREVE PLAZO EN TODO EL CONTINENTE

Existen razones poderosas para que la Argentina posea una característica propia y distinta a otras naciones del hemisferio.

Por las viejas rutas del Atlántico llegaron a estas tierras —probablemente con antelación y en mayor proporcionalidad con respecto a los demás países—, desde otros continentes y sobre todo desde Europa, corrientes de ideas, hombres de estudio y de trabajo, empresas de explotación comercial e industrial.

El desplazamiento de los centros económicos, demográficos y culturales del interior hacia el río de la Plata, uno de los mayores resultados de la nueva estructuración nacional que se ha ido creando con el extraordinario aporte del exterior, ha extendido sus efectos hacia vastas regiones transfronterizas.

Y la Argentina ha sido durante mucho tiempo el puente ideal entre Europa y América, convirtiéndose en la nación más cosmopolita; absorbiendo e integrándose con elementos provenientes del extranjero.

Buenos Aires, nuestra desmesurada capital, es una deslumbradora síntesis de la profunda lucha interior en la que no se ha obtenido un equilibrio, y consecuencia directa del hecho de haberse colocado frente al Atlántico, dando las espaldas al propio país, a las vastas regiones protegidas por los Andes, a las rutas que los atraviesan para llegar al Pacífico; dando las espaldas, involuntaria e irreflexivamente, a América.

Es ésta una situación que encierra un tremendo problema interno de este país y que va siendo superada a través de enormes esfuerzos por eliminar la injusticia que implica y las absurdas bases sobre las que está asentada.

Pero es, sin duda, una característica singular en América. Y, también, una de las razones por las cuales el aporte de la Argentina puede ser muy valioso para todo el continente.

Puede este país ofrecer un anticipo —surgido de su propio sufrimiento y de sus dolorosas experiencias— de un proceso que tendrá que reproducirse en las demás regiones: la armonización de lo nacional, de lo autóctono, con lo universal; la adaptación a las nuevas condiciones creadas por el desarrollo prodigioso de la técnica moderna; la selección precisa de lo que es aprovechable de otros continentes y pueda contribuir a hacer más próspera y feliz la vida de estos pueblos.

En muchos casos, puede la Argentina presentar ejemplos de lo que *no debe hacerse*, si no se quiere incurrir en los mismos males que nos afectan, contra los cuales se está luchando y para cuya extirpación serán necesarias esforzadas acciones.

Pero el mismo hecho de que exista esa reacción en el propio país, significa que tal contribución puede ser doblemente importante. El papel de la Argentina no se puede comparar, por consecuencia, a la función de un satélite que refleja hacia el exterior la luz de un astro mayor, en este caso Europa. Puede afirmarse que, habiendo recibido mayor caudal de sus rayos, irradia conjuntamente luz y calor propios.

UN INDICE: LA INDUSTRIA EDITORIAL ARGENTINA

Como demostración de la enorme influencia que en el orden cultural tiene este país sobre todos los de habla española, citaremos solamente el hecho del incremento, difícil de creer ante la magnitud de sus guarismos, de la industria editorial. En 1942 se exportaron más de diez millones de volúmenes y esta cifra ha ido en constante aumento. Hay naciones, como el Perú, en las cuales el 80 por ciento de la importación de libros corresponde a la Argentina.

No será necesario destacar la extraordinaria importancia que este hecho reviste. No se trata, naturalmente, de una producción homogénea ni destinada a fines especiales, como la propaganda, tan costosa, de las naciones beligerantes. Pero el vínculo que crean entre los escritores de este país y los lectores de toda América, la afinidad que establecen, el mayor conocimiento que promueven, gravitarán eficazmente sobre el espíritu de aquellos hombres.

Y en el caso de que una acción continental, de defensa o de carácter constructivo, requiera una verdadera movilización de conciencias, los vehículos de expansión cultural pueden ser de gran utilidad.

PUNTAL PARA TODA ACCION ANTIIMPERIALISTA

Insistimos en que la Argentina constituye el mejor punto de apoyo para toda resistencia antiimperialista. Y es éste un problema que no tardará en presentarse en términos de cruda realidad, cuando no puedan alegarse más los lemas de la propaganda bélica y se entre de lleno a la lucha por la conquista y supeditación de mercados, por la adquisición de las materias primas y la explotación máxima en todos los aspectos.

Dirigentes de amplios sectores de opinión se han plegado incondicionalmente a la política de las naciones unidas, sin considerar que, junto con el más eficiente apoyo a todo lo que contribuyera a la extirpación del nazismo, en ningún momento debió agregarse el abandono de la lucha contra las fuerzas plutocráticas que actúan desde las naciones aliadas.

Eliminado el mal mayor, el nazifascismo, ocupará el primer lugar, entre todos los que deben combatirse, el que fué aceptado y apoyado como mal menor: el imperialismo.

Ahora mismo se están planteando en distintos países de América, incluso entre los que en su política exterior se declaran más adictos a los Estados Unidos e Inglaterra, graves problemas entre las empresas que tienen monopolios de explotación y los que en ellas trabajan. En cierto modo las mismas consideraciones sentimentales —que no debieran utilizarse para oprimir a nuestros pueblos en nombre de la liberación de la humanidad— sirven para postergar muchas situaciones de violencia; pero será esencial que tales problemas se planteen y resuelvan con un criterio estrictamente ajustado a las necesidades y anhelos de los hombres de estas tierras.

Señalemos de paso que estas inquietudes y recelos han sido los que más han contribuído a que en algunas conferencias panamericanas se comprobara la posibilidad de que en torno de la Argentina se creara un fuerte bloque de resistencia a la casi incontenible presión de las fuerzas plutocráticas estadounidenses. Factores diversos, que no podemos considerar ahora, influyeron para que la posición argentina no apareciera tampoco suficientemente clara y provocara a su vez recelos. Pero lo importante es que, junto con una Argentina en la que las clases oligárquicas no dirijan la política exterior por encima de la opinión de su pueblo, aquellas posibilidades subsisten.

SON IMPOPULARES AQUI CIERTAS FRACCIONES QUE PUGNAN POR UN IMPERIALISMO DE LA ARGENTINA

Sabemos también —y creemos conveniente decirlo— que hay en este país quienes pretenden tergiversar tales sentimientos, profundamente arraigados en la población, para intentar la constitución de un bloque austral de naciones, que tendría como principal obje-

tivo oponerse a los Estados Unidos y en el cual la Argentina desempeñaría un papel rector.

Podemos afirmar que tales pretensiones —que encierran una distinta modalidad de imperialismo— no tienen el menor ambiente en nuestro país y que sólo son expuestas por minorías francamente repudiadas por nuestro pueblo.

No se trata, por supuesto, de combatir un imperialismo oponiéndole otro. De la misma manera que no puede hablarse, como se hace en muchas naciones americanas, de libertad, igualdad o democracia, en tanto internamente esos conceptos permanecen en el terreno de las abstracciones o de las aspiraciones ideales.

Por otra parte, en ningún momento el problema debe plantearse como oposición a los Estados Unidos, sino contra el imperialismo, de ese país o de cualquier otro extracontinental; contra quienes manejan las finanzas y las industrias, y son los mayores explotadores de sus propios pueblos.

INFLUENCIA DE AMERICA SOBRE LA ARGENTINA

Reconocemos sinceramente, en este análisis que estamos haciendo de nuestras posibilidades de actuación en el conjunto de pueblos de América, que en la Argentina, y especialmente en Buenos Aires, existe cierta insensibilidad con respecto del resto del continente y sus problemas fundamentales.

Somos los primeros en repudiar la fraseología huera que pregona ideales americanistas sin sentirlos ni practicarlos.

Hemos explicado con anterioridad las causas que a nuestro juicio determinan esta ausencia de verdadera compenetración con las cuestiones que son de vital importancia para toda América. No es de extrañar este hecho, si consideramos que Buenos Aires mismo permanece indiferente ante angustiosos problemas del interior del país y cuyo planteamiento en la capital en muchos casos parece extraño, hasta exótico.

Es en este sentido que expresamos al comienzo nuestra convicción de que también para la Argentina, la influencia del resto de América es indispensable.

Una mayor vinculación con los demás pueblos hermanos reportará grandes beneficios a la Argentina. La apertura de rutas a través de la cordillera, la salida natural y lógica hacia el Océano Pacífico, establecerán una interinfluenciación de vastas repercusiones en la vida de estos pueblos. Al mismo tiempo promoverán una rectificación fundamental de la presente estructura económica, tan centralizada y orientada casi exclusivamente para el comercio de exportación.

No nos engañamos con respecto a lo que realmente es Buenos Aires en relación con todo el país: un potente reflector que proyecta luz a gran distancia, pero que tiene sumida en la oscuridad a toda la zona que circunda su punto de ubicación.

Y lo que deseamos es que esa luz contribuya a iluminar el camino que debemos recorrer juntos, sabiendo que nosotros también necesitamos de la luz exterior.

Diremos, finalmente, que los conceptos que hemos expuesto no deben interpretarse como consecuencia de una sobreestimación fundamentada en motivos afectivos. Creemos reflejar el sentimiento y la opinión de grandes núcleos de opinión; conocemos nuestro país y sobre todo a su pueblo; tenemos una visión de sus infinitas posibilidades colaborando y marchando unido a todas las naciones hermanas.

Debe ser tarea inmediata trabajar con fervor y entusiasmo para que exista una mayor comprensión y conocimiento acerca de lo que auténticamente representa la Argentina.

Y consideramos que los demás pueblos deben ayudar a ésta para que pueda cumplir la parte que le corresponde en la labor común.

A. CUPIT

PAZ Y RECONSTRUCCION POSBELICA

ENCUESTA MUNDIAL *organizada* por HOMBRE DE AMERICA

1° — *¿Cuáles deben ser a su juicio las características principales de la reconstrucción posbélica?*

a) *En el orden político:* ¿Se mantendrá la actual estructura de división por naciones? ¿Se podrán constituir grandes uniones regionales y continentales? ¿Es el federalismo el sistema más adecuado de relación entre los pueblos? ¿Cuáles son las fallas más notorias de los regímenes democráticos que habrá que superar? ¿Cómo impedir que las naciones de mayores recursos o más industrializadas avasallen a los pueblos más pobremente dotados?

b) *En el orden económico:* ¿Cuál será el papel del capitalismo privado? ¿Es conveniente una centralización económica estatal? ¿Se podrá socializar la tierra y aplicar este sistema como solución a otros importantes problemas económicos? ¿Cómo contrarrestar a las fuerzas que pugnarán por hacer perdurar la expansión imperialista?

2° — *¿Qué contribución puede aportar América a la paz y la reconstrucción mundial?*

3° — *¿Cuáles son los medios más adecuados para hacer que predomine la voz y la opinión de los pueblos, evitando la repetición de los errores de la paz posterior a la pasada contienda?*

A. R. Fabiani

Periodista francés, director del semanario "La France Nouvelle", órgano de los franceses libres en América latina.

Las generaciones europeas actuales dejarán una terrible herencia de miserias, ruinas y odios. Sus mismos excesos han creado un "clima" revolucionario que favorecerá profundas transformaciones.

¿Cuáles deben ser las características principales de la reconstrucción posbélica?

1) Resulta vano, sí, considerar actualmente, en Europa, la modificación de la actual división en naciones.

La existencia de las naciones, en su forma presente, es consolidada por los propios crímenes de las mismas.

La guerra ha revelado, además, la insuficiente madurez política de ciertos pueblos. Este desequilibrio torna ilusoria toda tentativa de unión en un futuro cercano.

El federalismo, que tropieza con las mismas dificultades, no conduciría, en las actuales circunstancias, más que a coaliciones de Estados. Y éstas tienen resultados que conocemos demasiado.

¿Quiere decir ésto que escaseará la tarea para los hombres de buena voluntad?

No.

La primera empresa de los pueblos lo suficientemente evolucionados consistirá en aprovechar el "clima" revolucionario de Europa para alcanzar, políticamente, su propia mayoría de edad.

No se podrá hablar de unión más que entre naciones cuyos pueblos sean verdaderamente soberanos.

2) Las fallas de los llamados Estados democráticos son harto conocidas. Su defecto principal es de no ser más que aparentemente democráticos. De esta apariencia resulta que se achaque a la masa la responsabilidad de actos de la incumbencia de una sola clase.

La concentración de los capitales dió a esta clase un poderío dominador. Ella controla todos los resortes del Estado. Por su fiscalización de la prensa pesa en la opinión de sus propios adversarios.

Por estos medios, agregados a la dependencia material de los individuos, esa clase hizo del sufragio universal una caricatura de consulta popular.

No hay democracia auténtica bajo régimen capitalista. Obvio resulta aducir una conclusión.

Las fallas de los llamados regímenes democráticos que conducen a una política internacional de un "pragmatismo" de corta visión desaparecerán en la misma medida en que los pueblos vayan acercándose a su verdadera soberanía.

3) *¿Cómo impedir que las naciones de mayores recursos o más industrialización avasallen a los pueblos más pobremente dotados?*

Por ahora, sólo es razonable contar con las rivalidades de ciertos sectores capitalistas y la habilidad que desplieguen los hombres de Estado para utilizarlas.

Pero nada impide tampoco contar con la comprensión y la creciente fuerza de los pueblos de esas naciones poderosas.

4) Es característica de la época que ya nadie se atreva a defender abiertamente los actuales privilegios de la propiedad capitalista.

Se ha creado toda una terminología nueva para condenar los "abusos" de la clase poseedora, destacar la necesidad de asegurar a cada cual su derecho a la vida, etc.

Trátase, en una palabra, de reglamentar la explotación del hombre por el hombre de manera tal que esa explotación ya no alcance los límites donde nace la rebeldía.

No hay duda, pues, de que, en los próximos meses, se oiga hablar mucho de "economía dirigida" o "planificada".

Profeta, y no periodista, habría que ser para decir qué rumbo tomará Europa.

Como francés, y por ende confiando en ese pueblo de Francia que hizo cuatro revoluciones, el autor de estas líneas espera que su país podrá hallar una fórmula que respete los derechos imprescriptibles del individuo, al establecer un régimen económico en el cual la propiedad ya no podrá ser utilizada para la explotación del hombre.

No hay que excluir, por supuesto, la posibilidad de que el curso de los acontecimientos y la influencia de ciertos factores, impongan una fórmula transaccional.

En este caso, no sería extraño que eclosionara una especie de "socialismo de Estado" que sería al socialismo lo que la caridad es a la simple restitución.

No habría que contar desde luego, con un régimen de esta clase para acabar con las formas conocidas de opresión o de imperialismo económico.

¿Qué contribución puede aportar América a la paz y la reconstrucción mundial?

5) Los estados de América, y especialmente el más poderoso de ellos que será el acreedor de la mayor parte de los Estados, podrán hacer mucho por la paz y la reconstrucción mundial.

Es de temer que la actual clase dirigente de los Estados Unidos constituya una poderosa fuerza de conservación social. Harto deseable sería que se disipase ese temor.

¿Cuáles son los medios más adecuados para hacer que predomine la voz y la opinión de los pueblos, evitando la repetición de los errores de la paz posterior a la pasada contienda?

6) En cuanto a los medios más adecuados para que predominen la voz y la opinión de los pueblos, permítasenos los indicados hace muchos años: "Todos los medios, inclusive los medios legales".

Respuestas Publicadas en los Números Anteriores:

Dardo Cúneo, Diego Abad de Santillán, Dr. Angel Ossorio y Gallardo, Dr. Andrés Townsend Ezcurra, Ing. Jacobo Maguid, Dr. Jorge F. Nicolai, Dr. Josermo Murillo Vacareza, Dr. Saúl Taborda, Dr. Emilio Frugoni, Justino Cornejo, Dra. Paulina Luisi, Gerardo Gallegos, Agustín Souchy, Rafael Larco Herrera, H. G. Wells, Ricardo Quijano Flores y A. Díaz Urrieta.

El presente trabajo de nuestro colaborador Rafael Heliodoro Valle fué premiado en el certamen convocado por la revista "Tomorrow", de los Estados Unidos, acerca de la participación de la América latina en la posguerra. Esta es la razón por la cual no aparece la denominación de América española, que el autor manifiesta preferir. Su gran interés y actualidad nos inducen a reproducir este artículo en HOMBRE DE AMERICA.

AMERICA ESPAÑOLA EN EL MUNDO DE LA POSGUERRA

RAFAEL HELIODORO VALLE

Creo que los escritores son los menos capacitados para detener la marcha de los acontecimientos, y, muy especialmente, para transformar la realidad que en la América española han creado los intereses económicos anteriores a la política del buen vecino. Pero sí debemos aportar algunos hechos y reflexiones que ayuden a resolver aquellos problemas que pueden aparecer en el mundo de la posguerra. Es posible hacer algunas anticipaciones sin pretender convertirlas en profecías, y para ello bastará meditar en torno a las más importantes declaraciones que han sido formuladas por estadistas, economistas, hombres de negocios y todos aquellos que están en contacto directo con el hombre de la calle.

El panorama de la América latina es confuso, a pesar de que nuestros países tienen ciertos puntos de similitud histórica; pero diferente educación cívica, diferentes realidades antropológicas, geográficas y económicas, y hasta diferentes niveles de cultura. Esas diferencias se acentúan al contemplar la situación política: en unos la educación cívica ha permitido el libre desarrollo de la convivialidad humana, la tolerancia, el decoro que garantiza la paz interna; en otros hay grupos oligárquicos que detentan el poder desde el fin de la dominación española; y en otros no ha sido posible resolver los problemas sustantivos que impiden la integración de la nacionalidad. Bien ha dicho el manifiesto de la revista HOMBRE DE AMERICA, de Buenos Aires: "Los americanos debemos plantearnos el deber de extirpar a todos los enemigos de la libertad, de la cultura, de la unidad de nuestro continente". Son ellos los autores de los retrocesos inesperados hacia regímenes contra los que se ha luchado desde la separación de España, y en algunos la tiranía ha sido de tal naturaleza que no ha permitido ni el goce de los elementales derechos del hombre.

LA POLITICA DEL BUEN VECINO

Los observadores de esa realidad se preguntan: ¿Es posible que, a la hora de la paz, cuando Alemania y sus satélites hayan sido vencidos, se vayan a deliberar los representantes de regímenes dictatoriales que lograron afianzarse a consecuencia de la guerra? ¿O se hará un llamado a los pueblos de los países americanos gobernados por los fariseos de la democracia?

No son pocos los que culpan a la política del buen vecino de que esos regímenes se hayan consolidado y aprovechado las exigencias de la guerra y el envío de materias primas, para que amasaran fortuna alguno de sus representantes. Lo que sí parece incuestionable es que las fuerzas populares no creen en la estabilidad de esa política mientras no sea una categórica declaración oficial del gobierno de los Estados Unidos, elevándola al rango de instrumento jurídico, pues hasta ahora no es más que una fórmula de la política internacional del presidente Roosevelt. Es cierto que desde el primer momento fué recibida con aplauso por parte de todos, y especialmente de los gobiernos que, al amparo de tal declaración, perfeccionaron su máquina dictatorial y hallaron en ella la mejor coyuntura para poner a raya a las fuerzas populares que se les oponían. Le dieron también su aprobación los gobiernos de los países que han sido tradicionales defensores de su soberanía y que han hecho ciertas conquistas en la vida institucional, y aquellos pueblos que habían sufrido, antes del advenimiento de Roosevelt, las humillaciones del capital imperialista y bendijeron la sustitución de la política del dólar por una verdaderamente humana y comprensiva.

Si al firmarse la paz los Estados Unidos hacen una declaratoria de que la política del buen vecino es un compromiso internacional, el derecho americano habrá hecho una de sus más hermosas conquistas, y la Carta del Atlántico podría convertirse automáticamente en un pacto de solidaridad continental. Pero los que estudian la realidad económica de la América latina temen que el triunfo de los Estados Unidos aumente su poderío imperialista, no importa que la América latina haya ayudado con sus materias primas, y aun con vidas humanas, a ganar la guerra. Sólo el entendimiento con los gobiernos apoyados en el pueblo permitirá una América libre y en paz; porque a pesar de la política del buen vecino, los grupos plutocráticos norteamericanos que han intervenido en nuestra economía y por lo tanto en nuestra política, han seguido dando ostensible apoyo a regímenes que ayudaron a instaurar, gracias a concesiones que menguan la soberanía de los países débiles. Alguno de esos regímenes han recibido miles y hasta millones de dólares que no han sido totalmente empleados en la defensa continental, sino que han facilitado especulaciones ilícitas para aumentar la riqueza privada de algunos funcionarios; y lo grave es que, a la hora de definir responsabilidades, los pueblos de esos países tendrán que pagar tales deudas.

LA UNIDAD DE AMERICA

Se puede afirmar que la América latina está al lado de las democracias; pero espera ansiosamente que la Carta del Atlántico sea una realidad. "América unida —ha dicho un estadista brasileño— es mandato imperativo de los fundadores de nuestra nacionalidad, garantía de una vida venturosa para nuestros hijos y condición para que este continente pueda colaborar con plena eficacia en el ideal humano de un mundo mejor". Nos unen antecedentes históricos y aspiraciones idénticas, a pesar de que los recelos y los complejos de inferioridad que indebidamente hay entre algunos vecinos (de Guatemala a México, del Ecuador al Perú) son obstáculos que habrá que derribar y que lo serán, indudablemente, gracias a la educación, a las comunicaciones. La carretera panamericana será libertadora de muchos de nuestros pueblos, porque anulará prejuicios, desconocimientos y suspicacias.

Pero la América latina desea que se formulen planes que garanticen la libertad en la posguerra. Necesitamos entendernos de verdad con los Estados Unidos, no sólo de gobierno a gobierno, sino de pueblo a pueblo, para que la política del buen vecino vaya adelante. Ese entendimiento podría lograrse con la formación de un frente de naciones americanas en que no sea posible "la coexistencia de las organizaciones políticas dictatoriales y las democráticas". Algunos hombres de estudio prevén que en nuestra América habrá un movimiento que tienda a vincular sus intereses a los de Europa y que es posible que la Argentina encabece ese movimiento y que Europa —inclusive Rusia— se verán en la necesidad de vincularse a nuestros países. "El único país —piensa el economista mexicano Daniel Cossío Villegas— que no caerá en la trampa de volver a Europa, será el Brasil, porque sabe que las dos cartas que jugarán por mucho tiempo en la política de este continente, son la propia y la norteamericana".

Todavía después de la guerra continuarán los gobiernos que sólo tienen su base de sustentación en los "trusts" que les permitieron afianzarse en el poder y que defenderán esos intereses, que son claramente impopulares, alegando que "está de por medio el interés de la defensa continental o el interés del Departamento de Estado de los Estados Unidos". En Costa Rica, Cuba, El Salvador, Honduras, esas sospechas crecen.

Si se está luchando por la caída de regímenes brutales en Europa, sería un contrasentido permitir que en la posguerra haya en América regímenes —demasiado conocidos— que se anticiparon en cierta forma a los métodos hitleristas de gobierno. A la hora de la paz tendrán que sentarse a la mesa esos regímenes, hábilmente disfrazados con la careta de la democracia; pero será preciso que los estadistas dirigentes llamen a plebiscito a los pueblos o cuando menos consulten a los representantes populares. Sin embargo, mucho se teme que no vaya a ser así, y entonces resultaría sangrientamente burlada la Carta del Atlántico. Lo que importa es que la América española asuma plenas responsabilidades dentro de la paz, y no será posible que ésta sea sólida si todos los pueblos no cooperan a su mantenimiento.

LA EDUCACION POPULAR

Puede afirmarse que el principal problema de la América latina —entendido que en este caso, por ejemplo, hay clara diferencia entre el Uruguay y Honduras— es el de la educación popular. Si en la posguerra será preciso reeducar a los vencidos, tendrá que lucharse para cambiar la mentalidad de los latinoamericanos que creyeron es el triunfo del despotismo y seguirán creyendo que si la espada ganara la guerra, ella tendrá que seguir gobernando para afianzar la paz.

Ya se ha hecho pública en Londres (3 de diciembre de 1943) esta afirmación: "Liquidado el nazismo habrá que atacar al militarismo". El militarismo ha sido en la América latina uno de los peores males, si no el primero, desde la consumación de la independencia. No ha sido posible que el ejército esté siempre al servicio de las instituciones, sino que ha continuado al de una casta plutocrática que ha hecho imposible el advenimiento de los hombres más aptos al poder. Basta una rápida ojeada a la historia para confirmar esta verdad y aun hoy mismo puede verificarse el hecho de que al frente de cada país hay, en su gran mayoría, un general enamorado del poder.

Países abrumados por una plaga de calamidades: las enfermedades endémicas, el alcoholismo, la miseria física y moral, la inseguridad, la incomodidad, la arbitrariedad, el peculado, el nepotismo. El cuadro que pinta en "Pueblo enfermo" el boliviano Alcides Arguedas puede amplificarse y es el de la América latina, con excepciones contadísimas. Varios de esos problemas los tienen algunos de los más avanzados por su vida democrática: Chile, por ejemplo. En otros el espectáculo es sombrío. Y sólo el maestro de escuela, el higienista, el ingeniero hidráulico, el bacteriólogo, el periodista constructivo, podrán remediar esta situación.

Escuelas, más escuelas; maestros, más maestros que soldados —y Costa Rica se ufana de ello— debe ser el lema hispano-americano en la posguerra. Caminos, hospitales, institutos de nutriología, honestidad administrativa, abolición de gastos superfluos, tributación de acuerdo con la realidad económica, menos papeleo en el servicio burocrático, más población; esto es lo que más se necesita. Y en esa tarea, los Estados Unidos pueden ayudarnos de veras; ya nos están ayudando al preparar a muchos jóvenes que, al volver a sus respectivos países, aportarán sus mejores experiencias en la solución de problemas tan abrumadores.

EL INTERCAMBIO

Esta guerra ha permitido que los países de la América latina se conozcan un poco más y que los Estados Unidos nos conozcan mejor. A pesar de lo que se ha escrito por algunos optimistas, la tarea del mutuo conocimiento está en pañales. No hace mucho llegó a mis manos la carta de un catedrático de historia de América que profesa en una universidad de Sudamérica, pidiendo noticias sobre algunas mujeres de las más importantes en la historia literaria de México. Esa carta permite convencernos de que faltan los libros principales de cada país americano en muchas de las bibliotecas nacionales de este continente. Sólo los entendidos, mejor dicho, algunos de ellos, logran adquirir las informaciones al día sobre los temas americanos de su preferencia. Por fortuna muchos hombres aventajados en las investigaciones científicas o literarias han contado con buenas oportunidades durante esta guerra, para perfeccionarlas; y han utilizado sus viajes para ver y oír, distanciándose de los prejuicios, analizando el nuevo paisaje psicológico de América, situándose en un plano de realidad de comprensión.

No puede negarse que el intercambio tiene muchos enemigos, pero no son invencibles. La posguerra obligará a los intereses creados que se le oponen a que modifiquen su actitud. No podrán continuar los viejos sistemas. La aviación, el cine, la radio, la carretera panamericana han iniciado ya la gran tarea de que nos conozcamos, nos apreciemos más.

LA INMIGRACION EN LA POSGUERRA

En octubre de este año se reunió en la capital mexicana el Primer Congreso Demográfico Interamericano. En él se trataron temas trascendentales: la posición de los países americanos respecto de los movimientos migratorios durante el período de la posguerra; los problemas de distribución y redistribución de la población extranjera; y la migración interamericana para fomentar el desarrollo cultural, social y económico de los países americanos.

Ya no se discute que la gran mayoría de nuestros países necesita una inmigración que nos ponga en aptitud de progresar, logrando que grandes zonas territoriales sean aprovechadas y dejen de estar en total abandono (Guatemala, Honduras, Nicaragua, Perú, Colombia, México). Tampoco es motivo de controversia la necesidad de que grandes grupos humanos (treinta millones de indios) se asimilen a la vida colectiva, y que algunos de ellos (Cuba, Haití) dejen de sufrir la discriminación racial.

La América latina necesita la afluencia de un vasto capital humano que, gracias a normas científicas, sea bien seleccionado. Necesita técnicos que enseñen nuevas industrias y promuevan su desarrollo económico. Acaso será preciso abrir en cada país una encuesta entre los grupos pensantes para que decidan cuál inmigración será la más conveniente.

Muchos de los europeos que se han refugiado, poco antes y durante la guerra mundial, no querrán regresar cuando ésta haya concluído; pero es de temerse que sí lo desean aquellos que nos han traído el precioso contingente de su saber a las universidades y los centros de actividad intelectual.

LA ECONOMIA POSBELICA

Pero si es de temerse que nos abandonen esos emigrados que han convivido con nosotros, no hay que descartar la fuga posible de los

capitales que afluyeron de Europa a varios de nuestros países una vez que termine la guerra. Esta nos ha permitido el aprendizaje de algunas técnicas industriales y el aprovechamiento de materias primas y de riquezas naturales que estaban en abandono. Algunos argentinos —uno de ellos, el Ing. Torcuato Di Tella— creen que la industria de su país saldrá de esta guerra con la conciencia de su mayoría de edad. Pero:

1) ¿Hasta dónde va a llegar la ingerencia del Estado en la economía de cada país una vez que haya pasado la guerra? ¿El liberalismo económico sufrirá transformaciones?

2) ¿Estará la América latina en aptitud de industrializarse y habrá obstáculos que impidan su industrialización?

Respecto a la última pregunta, hay síntomas que proceden de la Conferencia Interamericana de Agricultura en que Cuba pidió que los agrícolas y asumir un papel más activo en la batalla de la producción.

Europa no podrá, pasada la guerra, producir de momento los artículos que antes nos enviaba, porque estará empeñada en la tarea de su reconstrucción; y los Estados Unidos, que no podrán abastecernos de aquellos productos que nos falten, tendrán un superávit de vehículos que buscarán mercado en nuestras tierras y que abaratarán, inevitablemente, la transportación. Pero no se disimula el temor de que el dólar tenga en la América latina una capacidad adquisitiva que resulte mayor que la que tenía antes de la guerra, y ello crearía una posición más desventajosa para el trabajador hispano-americano en las minas, las plantaciones, las fábricas y los pozos petroleros. ¿Las tarifas aduaneras de los Estados Unidos sufrirán modificaciones que favorezcan a las materias primas de la América latina? ¿Será necesario revisar aquellas concesiones que algunos gobiernos hispano-americanos dieron a empresas que han podido consolidarse hasta el grado de que tienen visible hegemonía? ¿Los nuevos capitales inversionistas se someterán a las leyes y reglamentos de cada uno de nuestros países o continuarán con la táctica que tenían antes de la política del buen vecino?

Pero hay algo más: el secretario general de la Cámara de Comercio de Valparaíso, don Fernando Durán V., ha dicho: "Los mercados irán viéndose, lenta o rápidamente, no lo sabemos, invadidos por productos que hoy día no sospechamos. Aparte de que en todas las naciones ha ido operándose este proceso industrial, tenemos junto a él el de las industrias sintéticas y el de los materiales plásticos. Ambos representan verdaderas revoluciones industriales, cuyo final nadie podría predecir, y encierra una amenaza seria, a veces trágica, contra los productos naturales. Esta amenaza es especialmente grave para los países monoproductores y, en especial, para los que se limitan a exportar materias primas. La adaptación de unas industrias a otras, de unos procesos económicos nacionales a otros, no puede hacerse sino por medio y a través de grandes agrupaciones de productos y comerciantes, extendidos más allá de sus fronteras y ordenados dentro de vastos movimientos inter nacionales".

Los problemas de la posguerra en la América latina serán muy complejos y algunos ya se están esbozando. Señalemos, entre otros, el de las deudas por inversiones internacionales; y también el de las deudas contraídas en los Estados Unidos, por el sistema de Préstamos y Arriendos, y que ha permitido en algunos de estos países el enriquecimiento de una minoría, utilizando por ejemplo (según se dice en un país centroamericano) el empleo de aviones militares para el monopolio del pescado.

Otro problema capital: que cada país de América resuelva sus problemas sin la intervención extraña, tal como lo ha preconizado el embajador Braden en Cuba (22 de setiembre); pero que esa "no" intervención sea efectiva, sin lugar a sospechas, dejando libre paso a la colaboración interamericana. El tono en que hablan los pensadores libres de la América latina concuerda con este temor: Pasada la guerra, ¿será efectiva la política del buen vecino? ¿No se regresará a la política del dólar? Ya el director de la Facultad Nacional de Derecho de México, en un acto público en que hablaba Mr. Biddler, procurador de justicia de U. S. A., hizo esta pregunta: "¿Se tratará, en realidad, de una era de comprensión y de respeto mutuos; o bien, no se tratará de un intermedio de conveniencia política originada por la guerra, sino de una excusa para abrir de nuevo la puerta a un pasado que desearíamos ver completamente desaparecido y olvidado?" Esa política, que ha merecido los parabienes de los verdaderos hispano-americanos y que justifica la admiració que tienen a Franklin D. Roosevelt, será comprobada desde los primeros días de la posguerra, y para que no sufra los cambios de la política interna en U. S. A., lo mejor sería incluir sus postulados en un tratado multilateral interamericano.

Los pueblos que en la América latina desean el desenvolvimiento de sus energías cívicas y espirituales podrán reinstaurar el régimen de la justicia y de la ley. Y hay que tener presente la afirmación que hace poco hizo el presidente de la American Council on Education, Dr. George F. Zook: "Uno de los peligros principales que debemos eludir es el mito de que la América latina está habitada por pueblos dóciles que ansiosamente esperan la energía, la ingeniosidad y la dirección yanqui para hacerlos florecer como si se tratara de una rosa. Si es verdad que reconocemos en los Estados Unidos un ejemplo admirable (devoción al trabajo, sentido de la responsabilidad, organización, imaginación al servicio del bienestar humano, tolerancia para todas las ideas y creencias) hay que tener en cuenta que nuestro estilo de vida es diferente. Estamos convencidos de que somos pueblos jóvenes que, en medio de muchas vicisitudes, hemos demostrado nuestra ansia de mejoramiento, y sólo quienes han estudiado nuestros antecedentes históricos, aprecian que los males que aun sufrimos son la consecuencia de condiciones políticas y económicas contra las cuales hay que seguir combatiendo. Sólo una real, sincera, genuina comprensión de esos antecedentes hará posible la cooperación y la amistad de todos los países de América, de esta América que, por múltiples motivos, está llamada a marcar una hora nueva en la historia.

P A R I S

París, ciudad del mundo redimida,
a ti llega el clamor multiplicado
de jubiloso grito enarbolado
junto a los bordes mismos de tu herida.

París de electrizante sacudida,
heroísmo de anónimo soldado,
el unánime pueblo levantado
reivindica el dolor de tu caída.

Ya estás de pie para emprender la lucha,
el corazón del mundo te acompaña
porque late en las letras de tu nombre.

Y de todos los ámbitos se escucha
a tu gálico gallo en la mañana
para que de la noche vuelva el hombre.

A. VAZQUEZ ESCALANTE

BUENOS AIRES Y EL INTERIOR DEL PAIS

Al pretender justificar la desproporción enorme que existe entre Buenos Aires y el resto de nuestro país, muchos hombres de criterio "progresista" han sostenido que también París y Londres sobresalen ante el concepto mundial, cuando se menciona a Francia o a Inglaterra.

No hacen sino confundir un hecho artificial con otros reales. Mientras esas u otras grandes capitales del viejo mundo cumplen una función representativa lógica dentro del conjunto en el que forman parte, ya sea al constituir un centro económico o un centro de cultura, pues responden a un estado de madurez nacional, el caso de Buenos Aires es singularmente absurdo. No tenemos en la Argentina ninguna situación madura: ni la política, ni la económica, ni la cultural.

Tenemos sólo un pasado muy reciente, cuyo único orgullo legítimo es el paso inicial de la independencia. El resto se descompone en gestos heroicos pero fracasados, en ideas brillantes pero desvirtuadas. A poco más de un siglo de vida institucional autónoma, debe reconocerse que la única madurez es quizá la obstinación de querer tomar por un camino equivocado: el de la centralización política y económica, que es la causa efectiva de que mostremos al mundo una ciudad capital desproporcionadamente grande, cubriendo la vergüenza de una docena de provincias sumidas en una pobreza rayana en la miseria, a pesar de sus enormes riquezas naturales; y de los llamados "territorios nacionales", verdaderas colonias internas.

Desde los días de la independencia fué delineándose marcadamente la tendencia centralista que había de configurar la vida del país. Buenos Aires, convertida primero por fatalidad geográfica en centro económico, a raíz del desmembramiento del virreinato del Río de la Plata que dejó como única salida al exterior la ruta del Atlántico, se convirtió luego en defensora permanente del poder central, de un virtual unitarismo. Todas las luchas internas desde 1810 llevan el sello de esa tendencia, chocando con las ideas autonomistas de las provincias, en especial las del Norte, que son las más perjudicadas. El triunfo sistemático del centralismo fué matando poco a poco todo vestigio de autonomía en el resto del país, manifestándose tanto en las cosas importantes —la producción y la exportación, en lo económico; las elecciones y formas de gobierno, en lo político—, como en las cosas pequeñas, las inherentes a la vida municipal de pueblos y ciudades. Por más que la Constitución de 1853 codificó los principios federalistas, de esencia liberal, no se detuvo el proceso de la centralización. Con la capitalización de Buenos Aires se creyó allanar los conflictos existentes entre las distintas regiones, pero la realidad defraudó esas esperanzas. Creció el poder succionador de las riquezas nacionales, con la formación de la casta oligárquica dueña de las tierras y las haciendas, es decir, de las riquezas del país.

Se sostuvo muchas veces —y aun hoy se sostiene— que el centralismo es necesario, pues las provincias no tienen capacidad política para administrarse ni potencialidad económica para cimentar su vida autónoma. Ambas afirmaciones están desmentidas por los hechos históricos y por la realidad de las cifras estadísticas. Fué en las provincias despreciadas donde surgieron y lucharon los hombres y las ideas de mayor trascendencia argentina. Sin el auxilio de las otras regiones, fué el Norte quien rechazó nueve invasiones de los más poderosos ejércitos españoles, después que sus hijos hicieron triunfar a Belgrano en Tucumán y Salta. Fueron las provincias las que, en el Congreso de Tucumán en 1816, defendieron e hicieron triunfar la forma republicana de gobierno, frente a la insistencia de los hombres de Buenos Aires por la restauración monárquica. Fueron soldados del interior quienes, en 1820, rechazaron con Pancho Ramírez las tendencias monárquicas surgidas de Buenos Aires por temor a la expedición española del general Morillo. Fueron las provincias del interior, con la formación de la Liga del Norte, las que en 1840 se levantaron por primera vez contra la tiranía de Rosas y sembraron con su sacrificio y su sangre la semilla que hizo germinar, doce años después, la insurrección de Urquiza que, con hombres también del interior, derrocó al régimen nefasto. En ellas se encuentra siempre una chispa progresista y liberal, no sin capacidad política, como lo demuestra el hecho de que aprendieron de los mismos españoles algo bueno, que marca nuestra primera etapa institucional: el régimen de los cabildos.

Midiendo los factores económicos, cuya gravitación es importantísima en el desarrollo de nuestra estructuración política, se comprueba que todas las regiones del país han sido aprovechadas en beneficio exclusivo de las dos fuerzas dominadoras: la constituída por la naciente oligarquía, y la cada día más influyente del imperialismo extranjero, inglés y norteamericano por excelencia. Estas dos fuerzas, controlaron siempre la producción nacional. Nuestra condición de país agrícola-ganadero hizo fácil ese control, por las necesidades de la exportación. Todo el sistema de las comunicaciones fué estructurado de manera que sirviera a dichos intereses. Las riquezas de las regiones del interior fueron "encauzadas" hacia Buenos Aires, donde se regulaba la exportación, o sea la comercialización de los productos. De este modo, tuvieron más importancia los precios del mercado exterior, que las necesidades de las zonas productoras. El "organismo" argentino fué quedando cada día más débil, paralelamente al crecimiento y fortalecimiento de su "cerebro". Si surgía una posibilidad de aprovechar una riqueza regional, como la del plomo de Jujuy, o el algodón del Chaco, se "regulaban" los fletes de manera que esa naciente industria conviniera más instalarla en Buenos Aires, en detrimento de la zona de producción. Regiones enteras (la de Cuyo, por ejemplo) están condenadas a la pobreza por la sola razón de que la salida natural de sus riquezas, como lo sería lógicamente hacia el Pacífico, ha sido durante años y años postergada, en defensa del mismo interés centralizador. Si políticamente se apeló al sistema de las intervenciones y las elecciones reguladas, cuando no al encumbramiento directo de los caudillos provinciales que respondían incondicionalmente al gobierno nacional, en materia financiera bastó —antes y ahora— con que se haga pagar a las provincias más de 100 millones de pesos por impuestos internos, señalándose por otra parte el hecho de que el 80 % de la renta nacional es absorbida por la Capital Federal y la provincia de Buenos Aires. Dinero que, aplicado a obras de beneficio directo de las provincias que lo producen, permitirían un fácil desenvolvimiento de las mismas.

Con sólo pensar en las riquezas potenciales existentes en todas las regiones del país, en momentos en que el problema de la industrialización está mereciendo estudios especiales de los economistas, queda demostrado que de ser posible una evolución de nuestra economía en tal sentido, sólo podría llevarse a la práctica alterando fundamentalmente las

normas actuales en materia de transportes, instalación de fábricas y exportación. ¿Seguirá llamándose "provincias pobres" a las que en realidad constituyen las reservas naturales del país?

Hemos tomado en este trabajo el problema cardinal de nuestra vida político-económica, con la sola intención de poner de manifiesto que el mismo no es sino la consecuencia del desarrollo histórico argentino, por desgracia orientado equivocadamente. Poderosas fuerzas contribuyeron a hacer de un mal comienzo una enfermedad crónica. Preciso es arribar a la conclusión de que en los últimos años no se ha hecho nada efectivo para combatir este mal, aparte de ponerlo aún más en evidencia con la denuncia de sus funestas consecuencias en el interior del país.

Nada o muy poco se remediará con paliativos. ¿Es que hemos de engañarnos creyendo que otorgando una limosna a "las provincias pobres" desaparecerán mágicamente las causas de su desquiciamiento? Nuestra época está llena de ensayos nuevos que en el orden mundial dan la pauta del apremio con que el sistema capitalista necesita encontrar soluciones duraderas para allanar las grandes contradicciones que lo caracterizan. Se manejan términos tales como política dirigida, economía dirigida, planificación continental y orden mundial. El auge del estatismo nos ha llevado a extremos tales que puede decirse sin exagerar que estamos dentro de un período histórico de transformaciones revolucionarias. No es aventurado afirmar que como corolario de la guerra sobrevendrá una presión mayor del imperialismo en América. Las soluciones a medias quedan claramente clasificadas como estériles, en todos los terrenos, en cualquier país. Debemos convencernos que sólo mediante una profunda revisión, un reajuste institucional a fondo, guiado por un pensamiento liberal y democrático, ha de lograrse el necesario equilibrio argentino. La falta de soluciones verdaderas es la causa real del fracaso de todos los partidos políticos, de muchos años a esta parte. Tratándose además de una cuestión tan grave, de principios e intereses genuinamente populares, ese vacío que dejan los partidos tampoco han podido llenarlo los hombres "providenciales" por mejores que fueran sus intenciones.

Para que la cabeza desproporcionada vuelva a su tamaño natural, para que el organismo endeble adquiera la vitalidad que despierte todas sus fuerzas creadoras, hace falta sacar de nuestra historia los motivos del descalabro actual, y tener una visión idealista del destino de libertad hasta hoy irrealizado. Entonces, diremos con Lisandro de la Torre, que no hay libertad política sin autonomía de los municipios y las ciudades, y que la organización económica argentina debe atender en primer término las necesidades de los productores, mediante una estructuración de tipo federalista verdadero, que constituye la base inconmovible de una democracia progresista.

I. MAGUID

Encrucijadas

Sentía una extraña laxitud en los miembros, como si fuera a sumirse en un sueño profundo, en tanto que su mente conservaba una vaga lucidez. Pudo recordar diversas etapas e imágenes de su vida anterior. Y después su ansiedad se concentró en un nombre de mujer: Amelia, como si esta imagen resumiera lo más bello, amable y gentil que le hubiera sido dado vivir a ese hombre.

La energía de su cuerpo, que una vez fuera ágil, elástico y fuerte, parecía después de haberse sustraído de las arterias, venas y sangre toda la vitalidad, estar recogida en una diminuta cavidad del cerebro.

Y fué así que antes de sumirse en un letargo en el que sólo imperaría la obsesionante ansiedad del agua, el sargento Ruiz afirmó una vez más la resolución que hasta entonces le había nutrido de fuerzas sobrehumanas.

—Sí. He llegado al final, a menos que llueva esta noche— Sintiéndose ahora un tanto reconfortado, pidió para sí que se apagara la lejana clarividencia que persistía en su enloquecido cerebro. Tenía ya el cuerpo insensible, pero en su mente se sucedían las imágenes mezcladas siempre con manantiales, chorros y caídas de agua.

Cerca de él estaban tres hombres. Esa tarde, al cerrar la noche, los había contado. Ellos tres, él, uno más... total: cuatro hombres abandonados en el desierto polvoriento y calcinado por el sol, que se llamaba Chaco... Sí, claro está; salieron del cerco. Hicieron su camino a balazos, atropellando a las patrullas que limpiaban los diversos sectores... Fueron dieciocho hombres, de los que quedaron cuatro. Día a día los cuerpos exánimes habían marcado el derrotero de la forzada marcha del grupo de espectros. Se perdieron una y otra vez. Tejieron y destejieron los caminos. Ahora sabían que estaban próximos. Tres días más y llegarían a uno de los puestos adelantados de la línea... Pero la sed los había encerrado implacablemente en sus anillos. Tres días no se caminan sin agua.

Y allí las piltrafas humanas se tendieron en el suelo, que aun permanecía caliente. De la tierra se desprendía un fuerte vaho que sofocaba, con olor a tierra, a aire enrarecido. A esos seres humanos acartonados por la sed, se les hacía difícil respirar.

Cada vez que el sargento Ruiz despertaba de su pesada somnolencia, procuraba dominar su ansiedad; apretaba fuertemente los puños y se mordía los labios, sin extraer de ellos sangre.

El miedo de dejarse dominar por su angustia impotente, lo mantenía en suspenso. El calor en el día había sido de tal modo intenso que los cuatro hombres, con certeza, con una alucinada convicción, imaginaron el absurdo de que esa noche llovería. Estaban seguros, ellos, que estaban identificados con la tierra inhóspita y que habían avizorado el cielo durante interminables meses, descubriéndole sus secretos. Desafiaron por eso el calor, y, con el rostro semienterrado en la arena, se tendieron impunemente al sol, especie de saeta de fuego que penetraba en los tejidos para extraer de ellos el resto de fuerza. Sus cuerpos, al caer la noche, eran brasas esperando el milagro de agua.

Vinieron las sombras, y soportaron el lanceteo de los insectos que se ensañaban pérfidamente en la piel desnuda.

—Lloverá —decían, y en la palabra palpitaba una esperanza.

Pero el sargento Ruiz poseía un tesoro.

Tendido en el suelo, ajeno a su propio sufrimiento y al de aquellos hombres, había extraído cuidadosamente del colán una botellita plana de metal, que contenía agua...

¡Cuántas veces sus manos suaves y nerviosas, de uñas pulidas, con gesto displicente extrajeron esa misma botella de un bolsillo del frac para vaciar en la copa el licor prohibido!

Ahora, esa botella semillena, que colocó bajo su vientre, tenía el paraíso, el nirvana soñado del agua, y en esos supremos instantes, ningún tesoro del mundo habría sido más ansiado.

Para defender ese poco de agua tenía un revólver cargado con dos balas.

Esperaba que lloviese, acaso más ansiosamente que los otros. Tan sólo la lluvia podía modificar su plan.

¿Para qué iban a caminar trazando zig-zags en la arena polvorienta, si esa noche iba a llover? Entonces poseerían nuevas fuerzas. Recogerían el agua en las caramañolas vacías y podrían cubrir los tres días que los separaban del próximo fortín. Hacía ya cerca de cuarenta y ocho horas que no bebían.

El sargento Ruiz era el único que, haciendo un esfuerzo supremo, podría llegar. Pero el sargento Ruiz pensaba en otra cosa... Sí, a menos que lloviera...

Aquel hombre, cuya respiración ronca parecía aspirar todo el aire de la noche, ¿sabría alguna vez del espantoso sacrificio que su sargento, en esos precisos momentos, y en los últimos días, se había impuesto deliberadamente?

No, seguramente, no. Cuando le alcanzara la botella de metal, no creería. Estaría demasiado embrutecido para darse cuenta precisa de nada. Y cuando viviese, cuando tuviera libertad de escoger un líquido y rechazar otro, tomar baños fríos o calientes, cubrir el cuerpo aterido de frío, con un pesado abrigo, o si tenía calor, oprimir simplemente un botón para que los brazos metálicos de un ventilador cortaran el aire, ya no tendría más la sensación espantosa de la sed. Estaría de nuevo en la civilización, y, antes que nada, junto a Amelia. Todo esto sería una pesadilla demasiado horrible para pretender revivirla. No existiría esta sofocación en la garganta reseca, el cosquilleo constante en los miembros flácidos y el embotamiento en el cerebro. Tan pronto como bebiera, se disiparía la obsesión torturante de la sed.

¿Pero acaso aquello importaba? Lo único que importaba en estos momentos al sargento Ruiz, era dominarse, permanecer atento a sus movimientos instintivos. Deseaba que el tiempo transcurriera hasta esa hora incierta del amanecer, en la que tendría certeza de que ya no llovería. En la noche lóbrega, sofocante, la esperanza se asemejaba a una luz pálida y fría, sobre todo fría. La sensación de mantenerse así, aguardando, se arrastraba como una pesada maldición. Introducía las uñas en la tierra y arañaba hasta percibir dolor, como si se quebrara los dedos... Pretendía herir la tierra arenosa y caliente, tan opuesta al refugio del Altiplano, donde había casas, surcos labrados, chozas y hogar... Quería devolver el daño que ese desierto, momento a momento, le infligía.

Había llegado al final de su tortura, porque una indecisa luz ya disolvía las sombras. Vió unos hombres en posturas diversas. Uno tenía los ojos desmesuradamente abiertos, ya vidriosos. Allí, junto a Freddy estaba el teniente con la respiración cada vez más ronca... Se lo oía musitar: "Agua..., Amelia".

Quizás si en este nombre residía todo el sentido de su sacrificio. Pero tampoco el sargento Ruiz lo hacía por ella. Era mejor dicho. Freddy Ruiz, último eslabón de una larga cadena de seres enigmáticos, que dificultosamente pudo aproximarse hasta el teniente, es decir a Luis Encinas... Se arrancó un trozo de la camisa y vertió en ella unas gotas de agua. Con precaución fué mojando los labios del teniente. La inconsciencia fué pasando en él, hasta que se incorporó como un sonámbulo y asiendo la botella con fuerza, tomó de ella un sorbo.

Freddy tuvo que arrebatársela.

—Escucha —le dijo, enronquecidamente, pues la lengua gruesa como una bola le impedía modular las palabras—. De este momento depende todo...

—Usted —la palabra se le antojó ridícula; además, temía no explicarse bien. — Te doy esta botella. Con la brújula te orientarás. Estamos a tres días. Si dominas el deseo te habrás salvado.

Por fin el teniente pareció comprender.

ILUSTRACION DE PEDRO OLLMOS

—Gracias, muchas gracias. Pero entonces no perdamos tiempo. Vamos.

—Yo me quedo.

—¿Estás loco?

—Sólo hay agua para uno.

—Y entonces, ¿qué hacer? ¿Hablas en serio?

—¡Oh! No hablemos más.

—No comprendo. ¿Por qué haces esto? Dime, ¿por qué?

—Yo, ¿por qué lo hago? Yo casi lo ignoro. Será porque me da la gana —agregó colérico.

—Pero no puede ser. Dame un poco más de agua.

—Yo trataré de llegar.

—Escucha, imbécil... Mi vida ha sido siempre un regalo maravilloso. He venido aquí, al Chaco, a morir; claro que no esperaba hacerlo de un modo tan estúpido, pero es lo mismo. ¿No es igual que me suicide aquí con algún justificativo, o en un hotel, en un barco, de hastío? He sido un caso de indecisión y de apatía. He llegado al final. La fortuna estuvo en soportar el deseo, en dominar la tentación.

El teniente se afanaba por comprender. Cuando escuchó las extrañas palabras, creyó que el sargento había enloquecido súbitamente. Sólo pensó en arrebatarle la botella y huir. Pero Luis Encinas, con su característica bondad, con su clara intuición de las almas humanas, creyó percibir en las frases de ese hombre un poco de su verdad...

Apartando, a su vez, el demonio de la sed, por no sentirse menos, repuso:

—No. Te ordeno que partas. De lo contrario, todo habrá sido inútil.

—¿Y ellos? —preguntó el teniente señalando a los soldados.

—Sólo quedamos dos. Aquél... —dijo Freddy, señalando un cuerpo que se convulsionaba en los últimos estertores—, y yo.

Luis Encinas vacilaba.

—No puedo. Me es imposible dejarte..., no puedo aceptar —dijo agarrándose la cabeza entre las manos—. Es inconcebible.

—Sí que lo podrás.

Freddy se alejó unos pasos. Y antes que el otro pudiera hacer nada, se escuchó una detonación.

—Ahora podrás —pareció decir el espíritu de todas las cosas.

FERNANDO ITURRALDE CHINEL

Es uno de los novelistas bolivianos jóvenes de más vigorosa personalidad. Su novela "Encrucijadas" inaugura, en cierto modo, un género. Siendo, como es, una novela que atiende a la psicología de sus personajes, y se interna en el mundo individual de cada uno de ellos, no prescinde en cambio de la atmósfera social en que se mueven, y los hace actuar siempre confrontándolos con los problemas que determinan sus actitudes, sus pasiones y sus preocupaciones. De ahí que su novela, merced a este equilibrio sustancial, constituya un cuadro viviente de la realidad boliviana, y sea un recio exponente de su dramática social, pues es una novela en función de la Bolivia que pugna por construirse rompiendo con las presiones que se le oponen.

O. C.

¿RECONSTRUCCION O TRANSFORMACION?

ALFONSO REYES

De todos los puntos del horizonte llegan avisos, consejos y proyectos sobre la necesaria reorganización del mundo después del incendio que lo ha destruído en buena parte y que amenazó consumirlo todo. Nadie pone en duda que tengamos el deber de acudir a esta necesidad imperiosa. El día de mañana no debe sorprendernos en el estado de funesta impreparación en que la paz de Versalles sorprendió al mundo. El clásico "laisez-faire" no puede salvarnos. No es legítimo confiar en la inercia de la sola naturaleza, sino que esta inercia debe ser conducida y aprovechada por nuestra voluntad. No nos enfrentamos aquí con una tarea que puede resolver el tiempo abandonado a sí mismo, sino con una tarea que debe ser creación del arte humano, de la conciencia vigilante y despierta. El afán por recomponer el mundo mediante arbitrios políticos pudo ser en otros días la chifladura de aquellos que llamaba Quevedo "locos repúblicos". Hoy es un deber apremiante, a menos que nos resignemos a dejar que el planeta se convierta en un revolcadero de bestias. Tras el fracaso de los antiguos esquemas —alianzas parciales, balanzas de poder, etc.—, todos los esquemas se orientan hoy hacia una coordinación superestatal de todas las naciones. Todos lo admiten así en teoría. Pero al acercarnos a la práctica, comienzan las dudas y los recelos.

El latinoamericano medio, por ejemplo, cuando oye hablar de una organización cooperativa del mundo, tiende a imaginarse un Estado monstruo, regido por dos o tres grandes potencias omnímodas y resueltas a imponer sus decisiones en detrimento de los pueblos débiles. Y especialmente, ve aparecer el fantasma del imperialismo yanqui que alarga las manos por nuestras Américas. Teme que tal organización universal signifique la ruina de las soberanías nacionales. Reacciona ante este plan ambicioso con la desconfianza característica del ciudadano de un Estado menor, desengañado y aleccionado ya por las pasadas vicisitudes. No quiere que los posibles abusos de la hegemonía adquieran legitimación jurídica, a la sombra de un contrato que, al abarcar a todos los pueblos, los someta automáticamente al pueblo más fuerte. Reconoce que la soberanía es una noción relativa y elástica, pero no considera prudente ensanchar los límites de esta elasticidad. Acepta, en principio, que hay un sentimiento universal de justicia por encima del capricho de los gobiernos soberanos. Acepta también, en el orden particular y concreto, que todo arreglo entre gobiernos, todo tratado internacional, es una atenuación a la soberanía. Sabe de sobra que, si la libertad individual, dentro de cada Estado, sólo puede normalmente desarrollarse mediante un sistema de restricciones mutuas que la hagan posible, lo mismo debe acontecer entre los varios Estados que integran el cuerpo de la humanidad, pues de otro modo no habría barreras a la intrusión y a la conquista. Pero se inclina a preferir que estas nociones se mantengan en su actual vaguedad, por miedo de que una planificación demasiado precisa resulte, voluntaria o involuntariamente, en una aceptación previa de la intrusión y la conquista.

Tales son los términos del dilema. Y es que las nociones son como el pan, que sólo es verdadero pan cuando no se le saca de su temperatura adecuada. Pues la misma masa, la misma sustancia, es cosa cruda e inapetecible antes de meterla en el horno, y es un montón de ceniza si se le deja demasiado en él. El problema se reduce a encontrar un justo equilibrio entre la soberanía y la supersoberanía. Lo cual, inmediatamente, plantea la cuestión vital de dar, dentro del organismo superestatal, una posición tal a los Estados menores que éstos no se sientan amenazados por las grandes potencias, y de encontrar para éstas un sistema tal de engranajes, que ellas no puedan empujar al mundo a un nuevo desastre como el que ahora padecemos.

Este punto, que es el fundamentalmente político y el más difícil de resolver en la práctica, acaso no debiera atacarse de frente y en toda su plenitud. Acaso fuera preferible dejarlo en una generosa confederación de buena voluntad entre los Estados y de mutuo y general auxilio contra todo agravio o agresión. En cambio, no parece difícil rodear esta región hipersensible de las soberanías nacionales con una red de acuerdos referentes a otros aspectos de la cuestión (cooperaciones económicas, administrativas y culturales), en que la necesidad de un plan es innegable y el peligro de abuso mucho menos grave.

Se dirá que muchas guerras y conflictos políticos, surgen precisamente de choques en asuntos administrativos y económicos. Es verdad: no es posible proponer una panacea universal. Pero si, mediante el hábito de la cooperación técnica, se logra acostumbrar poco a poco a los pueblos y a los gobiernos a no incurrir en ofensas a la dignidad nacional al discutir sus problemas y a no considerar tal discusión como un agravio, sino como una dificultad que debe resolverse entre varios, se habrán evitado muchas ocasiones de conflictos armados. Los hombres civilizados reconocen que no hay ofensa en el desacuerdo de opiniones o de intereses y que la conciliación es la mayor virtud cuando los términos que se oponen son igualmente honestos. Pero los Estados civilizados no siempre lo reconocen así, y demuestran una actitud de barbarie que equivale a decir: "El que no me acata, me ofende". Hay que trasladar este punto de vista, propio de edades atrasadas, de modo que los Estados (y singularmente las grandes potencias, que son las más inclinadas a la soberbia), no se crean rebajados o humillados por no salirse con la suya. Sin espíritu de sacrificio nada se lograría. Y entiéndase bien: el mayor sacrificio corresponde a los Estados más fuertes.

Además, el plan debería prever las transformaciones que la experiencia y la marcha misma de la vida vayan aconsejando, mediante reuniones periódicas que tengan el carácter de asambleas superconstitucionles. Se trata de un magno ensayo que la humanidad intentaría por primera vez, y el establecerlo desde ahora sobre bases inconmovibles en todos sus detalles conduciría a un seguro fracaso. Los estadistas llamados a resolver tan ardua cuestión deben defenderse del demonio de la soberbia, confesarse que saben poco y que ellos mismos

nales con una red de acuerdos refe- van a someterse a un aprendizaje progresivo.

Entrar aquí en mayores detalles sería imposible. Considérese, por ejemplo, el difícil extremo relativo a la relación entre vencedores y vencidos y a las estipulaciones punitivas, exigidas por la dignidad de la especie humana, contra los responsables del desastre del mundo. Este extremo acarrea consigo una serie de matices y graduaciones, desde el castigo puro y simple, pasando por la obligación de las restituciones debidas, y tan cabales como sea posible, hasta la reeducación evolutiva de las juventudes y las masas beligerantes. Pues estas juventudes y estas masas han sido desviadas ahora del sentimiento normal de la especie por la consciente modelación guerrera a que se las ha sometido y por el efecto inconsciente de la práctica bélica. Todo lo cual deja en el ánimo de los pueblos lesiones seculares, odios latentes y un sinnúmero de extravíos morales y perturbaciones biológicas. Hay, pues, que reconstruir a algunas naciones desde los cimientos psíquicos y físicos. A otras, simplemente, hay que aliviarlas. A otras, finalmente, hay que inculcarles el sentimiento de un nuevo honor: la misión tutelar, y siempre solidaria, de la justicia en la tierra. Este solo ejemplo basta para apreciar el carácter movedizo y adaptable del plan soñado, si es que de veras ha de cubrir la realidad y ser de veras eficaz.

La obra de la cultura consiste en salvaguardar, trasmitir y hacer correr con igual facilidad por todos los pueblos las conquistas del hombre, materiales o espirituales; consiste en redondear y canalizar la tierra para la mejor circulación del bien humano. Por eso la cultura es, en esencia, coordinación cooperativa: lo mismo los puentes y túneles, las carreteras, los medios de locomoción, que la repartición y distribución de los frutos económicos o intelectuales. La captación de la tierra por el hombre dista mucho de ser completa. El ideal no se ha realizado, acaso porque nunca se logró que los distintos pueblos marchen de acuerdo.

Semejante falta de acuerdo introduce obstáculos y coeficientes de indiferencia que transforman la historia en una ciega carrera de azares. El azar es nuestro enemigo, y hay que ponerle sitio por todos los medios a nuestro alcance. El plan universal ha dejado de ser quimérico para una era como la nuestra, en que la comunicación humana es, prácticamente, com-

Escritor, educador, diplomático y crítico literario, es Alfonso Reyes una de las figuras más ilustradas de México y de América. Distinguiéndose por una claridad quizás debida a su conocimiento de filología y lingüística, sus voluminosos escritos han sido publicados en muchos países. Es ahora rector del Colegio de México, en donde con otros distinguidos latinoamericanos ha dedicado preferente atención a los problemas de la posguerra. Su carrera educativa empezó en 1912, como secretario de la Escuela de Estudios Superiores. Ha sido embajador mexicano en España, Francia, Brasil y nuestro país, y le han sido confiadas numerosas misiones diplomáticas en varias partes del globo. Ha asistido como delegado oficial a muchas conferencias internacionales de paz, culturales y científicas y de asuntos mundiales, y ha representado a su país en la Liga de las Naciones. Es miembro del Comité de Cooperación Intelectual que recientemente, en sesiones en los Estados Unidos del Norte, estableció un centro permanente en La Habana. Este artículo ha llegado a nuestra redacción por intermedio de Worldover Press.

pleta. El "campo histórico" de que habla Toynbee era minúsculo para la tribu primitiva, pequeño para la Polis griega, limitado para el Imperio Romano y aun para la Ecumene Cristiana que lo sucedió. Pero hoy el campo histórico, nuestro campo de labranza, es ya planetario.

Y puesto que los productos aprovechables —ya materiales o espirituales— no se dan igualmente en todos los sitios y en todos los tiempos, es innegable que hace falta coordinar y distribuir toda la producción humana de suerte que a todos aproveche. Mientras en una región se quemen los efectos agrícolas para mantener los precios, cuando en otras hay poblaciones que perecen de hambre; mientras las regulaciones aduanales sean incompatibles a uno y a otro lado de la misma frontera; mientras existan conflictos de derecho internacional privado por falta de un código que prevea los desajustes de unas y otras leyes internas; mientras las carreteras internacionales puedan ser consideradas como una amenaza; mientras los empresarios y acaparadores tengan la facultad de esconder los beneficios de algún invento para no arruinar su lucro inmediato; mientras los letrados y los analfabetos se codeen en las mismas calles; mientras todo esto acontezca, ni siquiera podremos jactarnos de haber alcanzado la grandeza del sueño de Alejandro: aquella igualdad de clases, pueblos y razas, aquella "homonoia" o humanidad unificada que con tanta razón sedujo a los antiguos estoicos.

Nada nos costaría pergeñar, a nuestra idea, algunos tipos posibles de coordinación económica, administrativa, cultural, trazando las líneas generales de sendos institutos que concentraran y repartieran la acción de todos los Estados en los órdenes respectivos. Ello, desde luego, significaría una completa reforma de la diplomacia, la cual todavía está en pañales y apenas ocupa una parte mínima de su territorio. Tal organización operaría en vastas proporciones, equilibrando el cambio de artículos indispensables, conciliando preceptos que no deben estar en oposición de uno a otro cabo del planeta, o intensificando y regulando los preciosos servicios del arte y la ciencia.

Como, además, de la mejor distribución del bien general —aspecto positivo—, hay que evitar la guerra —aspecto negativo—, será indispensable montar una máquina de derecho internacional que sume todos los principios conquistados y establezca los tres recursos sucesivos de la conciliación, el arbitraje y la justicia internacional propiamente dicha. Algo, en suma, semejante al "Código de la Paz", elaborado por varios juristas mexicanos y el autor de estas líneas, y presentado por México, a modo de tema teórico para el estudio y la reflexión de los gobiernos continentales, en los últimos congresos de la Unión Panamericana. Si entonces el proyecto sólo podía proponerse como tema teórico, hoy los acontecimientos posteriores parece que lo hacen más viable.

Pero el dibujar aquí este plan de conjunto escapa a nuestro propósito inmediato, que es precisamente el mostrar la movilidad de un sistema en marcha, sistema que admite en su seno todas las sugestiones útiles, ya de iniciativa pública o privada.

Lo que ante todo importa es educar la fe; recordar al escéptico que muchas cosas que ayer parecían quiméricas son hoy vulgaridades al alcance de todos, y convencerlo de que lo mismo puede pasar mañana. La gente de pluma debiera consagrar siquiera una parte de su trabajo a esta función de magnetismo espiritual, a esta "psicagogía" o conducción de la mente.

No dejemos que la desesperanza nos invada, porque entonces habrá llegado la hora de entregar nuestra morada mortal a la dirección de otro animal mejor dotado. No permitamos que el porvenir quede entregado a la desesperación y a la violencia, fuerzas negativas que pronto acabarían con los hombres. Hay que predicar —por encima de todas las disidencias

La Mujer y la Pintura

El arte fué durante largas décadas un trabajo de varones. Los pinceles crearon su mundo de color olvidados de manos femeninas. Elisabeth - Louise - Vigée - Lebrun es un nombre que florece solitario no hace aún doscientos años. Hoy la mujer ha conquistado, por derecho propio, un puesto notorio en la plástica, y para nadie son ya desconocidos los nombres de Rosa Bonheur, Marie Laurencin, Suzanne Valadon.

En nuestra América latina hay una pléyade que cada día presenta nuevos y más destacados valores. Frida Kahlo y María Izquierdo en México; Julia Codesido en el Perú; Anita Cortés (dos obras suyas acompañan estas líneas), Marta Villanueva e Inés Puyó en Chile; Raquel Forner, Gertrudis Chale en la Argentina, nos muestran sus talentos singulares, promisorios unos, realidades otros, que se vuelcan en incontenible marea compartiendo con el hombre la difícil tarea de trasmitir la emoción a través de la línea y el color.



Retrato de Mana. — ANITA CORTES



Naturaleza muerta. — ANITA CORTES

teológicas en cuanto a la proyección sobrenatural de la vida humana— algo como una religión terrestre, que nos despierte al sentido ético de nuestra misión natural. Ayuden todos los sacerdocios, todos los hombres de buena voluntad, todos los que usan el arte de hablar y de escribir.

En esta reconstrucción del mundo, incumbe a nuestras Américas un papel importante. Y esto, no sólo porque Europa, nuestra venerable y común maestra, saldrá de la guerra como un soldado herido, necesitado de auxilios y vendajes en tanto que vuelve a recobrar la salud, mientras que nosotros vamos saliendo de la guerra mucho menos maltrechos. Hay algo más: para la reconstrucción del mundo, que ha de operarse sobre una base de entendimiento internacional, nuestras Américas cuentan con la ventaja de su propia tradición, tradición que las ha avezado en una visión internacional de las cosas.

En efecto: todas nuestras trayectorias confluyen en esta dirección de internacionalismo. Nuestros pueblos son hijos de mezclas raciales y nacionales diversas, y han probado por sí mismos la posibilidad de fundir en su crisol varios elementos. Además, el común denominador íbero en media América, y el común denominador anglosajón en la otra media América, han permitido, en nuestros dos orbes respectivos, una comunicación mucho más fácil y mucho menos cohibida por la preocupación de lo nacional y lo extranjero que en el tablero de las recelosas naciones europeas. Entre las dos personas del diálogo americano, hay divergencias obvias: la libertad es entendida en el Norte como lealtad jurídica, con sacrificio de la persona; y es entendida en el Sur como cosa individual, privada y casera, con indiferencia para la lealtad jurídica. La cultura, en el Norte, está dominada por un afán de coordinación de materiales y de nivelación media; mientras que, en el Sur, está dominada por un afán de interpretación apresurada, donde no hay nivelación posible entre las personalidades sobresalientes y el bajo pueblo. Pero a pesar de estas divergencias, llamadas a corregirse mutuamente por el contacto, y aun a pesar de los errores pasados en las relaciones del Norte con el Sur, las últimas experiencias demuestran la posibilidad de la comprensión y la amistad, y éstas serán todavía mayores cuanto más se las solicite y se las eduque.

Añádase a ésto que en el Nuevo Mundo llevamos más de medio siglo de cooperación panamericana, ya sea mediante organismos oficiales o institucionales, ya por el efecto natural de la vecindad entre nuestras respectivas naciones. Aun antes de que existieran entre las cancillerías pactos especiales como los de estos últimos años, los agravios a cualquier país del continente han repercutido de modo espontáneo, y como reacción de la naturaleza, en los demás países. Así, la intervención francesa en México puso en guardia lo mismo a los Estados Unidos que a las distantes repúblicas platenses y andinas. La solidaridad latente no es, pues, argumento político de oportunidad, sino un hecho real y de siempre.

Por último, la misma circunstancia negativa de que hayamos sido mucho tiempo pueblos de cultura colonial o importada, nos adiestró para buscar fuera de nuestras fronteras los elementos indispensables a nuestra representación del mundo, sin que hayamos perdido esta agilidad, como las viejas culturas europeas y autárquicas, a quienes fué dable recluirse dentro de su muralla china. El americano medio conoce a Europa mucho mejor que el europeo medio a nuestras Américas. Cuando salimos de nuestras patrias, los americanos somos menos extranjeros que el europeo en tierra ajena.

Todas estas circunstancias nos capacitan para el entendimiento internacional, tarea que muy pronto será nuestra incumbencia histórica y la de nuestros hijos, a quienes tenemos que legar un mundo mejor.



HOMBRE DE AMÉRICA

F U E R T E Y L I B R E

AÑO V — NOVIEMBRE DE 1944 — Nº 25

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 133661

NOMINA DE COLABORADORES

POR ORDEN ALFABETICO

Paco Aguilar — Miguel Angel Angueira — Germán Arciniegas (Colombia).

Montiel Ballesteros (Uruguay) — Julio R. Barcos — Leónidas Barletta — José Basiglio Agosti — Prof. Francisco C. Bendicente — Ing. Carlos Bianchi — Aurora Bogú — Herminia Brumana — Marta Brunet — Antonio J. Bucich.

Dr. Edgardo Casella — Ernesto L. Castro — Ernesto Castany — Oscar Cerruto — Dr. Florencio Charola — Justino Cornejo (Ecuador) — Dr. Enrique Corona Martínez — Olga Cossettini — Dardo Cúneo.

Carlos de Baraibar — A. Díaz Urrieta — Serafín Delmar.

Luce Fabbri (Uruguay) — Oscar Falchetti — Luis Fernández Zárate — Waldo Frank (E. Unidos) — Dr. Emilio Frugoni.

Gerardo Gallegos (Cuba) — Dr. Rafael Grinfeld — Gilberto González y Contreras (Cuba).

Víctor Raúl Haya de la Torre (Perú) — Jorge Hess — Josúa Hochstein. (Estados Unidos).

Dr. Juan Lazarte — Layle Lane (Estados Unidos) — Dr. Enrique Loedel Palumbo — Alfonso Longuet.

Dr. Manuel Martín Fernández — Mauricio Magdaleno (México) — Ing. Jacobo Maguid — Alberto Maritano — Aurelio Martínez (Perú) — Ing. Aquiles Martínez Civelli — Félix Molina Téllez.

Dr. Jorge F. Nicolai (Chile).

Dr. Isidro J. Odena — Juan G. Olmedilla — Luis Orsetti — Angel Ossorio.

Lucila Palacios (Venezuela) — Armando Panizza — María Luisa Pettetin — Magda Portal — Enrique Portugal — Jacobo Prince.

Eugen Relgis (Rumania) — José Riera (Bolivia) — Octavio Rivas Rooney — Horacio E. Roqué.

Dr. L. Sack — Dr. Alberto Sagastume Berra — Diego Abad de Santillán — Dr. Jaime Scolnik — S. Fanny Simon (Estados Unidos) — Dr. Joao da Souza Ferraz (Brasil) — Juan Antonio Solari — Agustín Souchy (México).

Andrés Townsend Escurra — Jacinto Toryho — Prof. Víctor Troncoso (Chile) — Ricardo Tudela.

Abraham Valdez (Bolivia) — Rafael Heliodoro Valle (México) — A. Vázquez Escalante — Arturo Vilches — Dr. Elemer von Karman.

Alvaro Yunque.

ILUSTRADORES

Rodrigo Bonome — Camblor — Carybe — Gustavo Cochet — Manuel Eichelbaum — Enrique Fernández Chelo — José Antonio Ginzo — Emma Jauch — Kras — Aniano Lisa — Maruja Mallo — Pedro Olmes — José Planas — Francisco A. de Santo — Demetrio Urruchúa.

Dirección: A. CUPIT

Redacción y Administración
ALSINA 736
BUENOS AIRES
U. T. 34 - Defensa 0297

Toda la correspondencia debe ser dirigida a nombre de A. CUPIT. Giros y toda clase de valores a VICENTE CASADO

Suscripción anual:
ARGENTINA: $ 3.50
EXTERIOR: 1 dólar
Ejemplar: 30 centavos
Exterior: 0.10 dólar

La responsabilidad de los conceptos e ideas expuestos en los trabajos firmados que se publican incumbe exclusivamente a sus autores. El Comité de Dirección, de acuerdo con el criterio enunciado en la Declaración inicial, no ejerce censura previa sobre las colaboraciones, ni aun en las secciones fijas, a cargo de redactores permanentes. Por tanto, declara que en ningún caso ellas implican una opinión oficial de HOMBRE DE AMERICA.



Impreso en Argentina
Printed in Argentina